

Alfa Eridiani

Revista de Ciencia Ficción



ISSN: 1695-1859



Número 21, tercera época
Octubre-Diciembre 2013

ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración ideal no debe superar las doce mil palabras. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados éstos, considera que hemos desestimado tu obra.

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José Joaquín Ramos, Graciela I. Lorenzo, J.A. Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

Colaboradores: Iñigo Fernández.

Ilustrador de portada: Olga Appiani.

Infografía portada: Graciela I. Lorenzo.

Conversión a epub y mobi: José Ángel Menéndez.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentarse contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL 3

CUENTOS:

Agnes, la nueva era
por Giawulf Schulz 5

Regreso a Edén
por Nacho Becerril 13

NOVELAS:

Oxígeno y Aromasia. Capítulo XXI: lejos de la Tierra.

por Claës Lundin
Traducción: Alicia Maseda Martin 25

Crónicas de las tierras Mestizas. Segunda parte: el guardián de nuestros hijos

por Javier Cosnava 34

POESÍAS:

Evolución
por María del Pilar Jorge 47

El receptor
por Raúl Alejandro López Nevado 49

ARTÍCULOS:

Impresoras 3D: ¿nos ha alcanzado la ciencia ficción?
por Víctor Manuel Valenzuela 50

Doctor Who y los compañeros proactivos
por Alfonso Merelo 54

ENTREVISTAS:

Entrevista a M^a Concepción Regueiro Digón y Lola Robles
por José Joaquín Ramos 58

NOTICIAS:

Solicitud de contribuciones para Congreso en Toulouse 65

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

EDITORIAL

Estimados amigos:
Una vez más acudimos a vuestras pantallas con un nuevo número de la revista.

Del anterior editorial sabemos que la revista, y su comité editorial, está deseosa de contribuciones en la que el elemento especulativo, el famoso qué pasaría si, esté presente.

El primer cuento *Agnes, la nueva era* de **Giawulf Schulz**, posee la fuerza de describir personajes que se debaten entre la emoción y la razón. En *Regreso al edén* de **Nacho Becerril**, los protagonistas se encuentran con un problemático primer encuentro con alienígenas.

En capítulos anteriores de *Oxígeno y Aromasia*, de **Claës Lundin**, veíamos las tensiones que surgen entre Oxígeno y Apolónides, quienes rivalizan por el amor de Aromasia. Mientras Giro, el director del banco, anuncia que su hijo irá a la escuela de cerebros, una iniciativa novedosa en la que los educandos son introducidos a la sapiencia por métodos fisiológicos. En el presente capítulo, veremos qué peripecias acontecen a Apolónides, el viejo y romántico poeta. Crónicas de las *Tierras Mestizas*, de **Javier Cosnava**, nos sigue introduciendo en las confusas y turbulentas relaciones de la familia real del imperio de mestizos loo y humanos. Sólo la familia de Kamutef podrá enderezarla en el futuro.

Las poesías estás representadas por *Evolución* de **María del Pilar Jorge** y *EL Receptor* de **Raúl Alejandro López Nevado**.

Víctor Manuel Valenzuela nos introduce a la tecnología de las impresoras 3D y su representación en la ciencia-ficción en *Impresoras 3D: ¿nos ha alcanzado la ciencia-ficción?* Completa la sección de artículos, uno imperdible de **Alfonso Merelo** dedicado a los compañeros proactivos del Dr Who.

En la sección de entrevistas, hemos tenido el honor de sondear a Conchi Requeiro y Lola Robles sobre sus técnicas y hábitos de escritura.

También nos hemos querido hacer eco de las jornadas que se celebrará en Toulouse, Francia, el próximo 17 de Enero de 2014.

Este año la Hispacón 2013 se celebra en Quartet del Poblet, Valencia, España, los días catorce y quince de 2013. Allí estará representada Alfa Eridiani por José Joaquín Ramos y uno de sus escritores, Fabián Álvarez López, en una presentación. El programa de la misma se puede ver en: [Página principal de la Hispacón 2013](#).

Ya solo nos queda desearos que disfruteis leyendo la revista, tanto como no-

sotros hemos disfrutado haciendola.

El Equipo Editorial

CUENTOS

AGNES, LA NUEVA ERA

por Giawulf Schulz

Dante Harris es una de las cincuenta mil personas para las que «Agnes» no es un planeta más; es su única posibilidad de sobrevivir y preservar la raza humana. Del mismo modo que el cerebro de nuestro protagonista conserva un turbio secreto, «Agnes» deparará a los viajeros una sorpresa para la que ningún viajero estaba preparado...

En una galaxia por todos conocida, de nombre Vía Láctea, en un planeta que tras siglos de agonía decidió dejar de luchar, la raza humana ha elaborado un plan de supervivencia arriesgado a la par que emocionante: la conquista de otros mundos.

Numerosos científicos, grandes mentes y prometedores estudiantes, fueron enviados en la nave de transporte de pasajeros «Axis», hacia un impreciso futuro. Su destino: Agnes, el planeta azul que orbita en la galaxia Alpha Centauri B; un astro que sería la cuna de la nueva Era del ser humano en el Universo.

Aquellos que fueron dejados atrás, abandonados en un mundo en pronunciado declive, deberían esperar a que se fletara la siguiente nave que, con suerte, les llevaría a reunirse con sus familiares y amigos; o perecer a causa de las duras condiciones a las que debían enfrentarse día a día. Inundaciones y tsunamis, terremotos, erupciones volcánicas, violentos tornados y huracanes, epidemias y hambrunas... el mundo se había convertido en un lugar cruel. Los avances tecnológicos que debían poner solución a los grandes problemas medioambientales llegaron tarde y, una vez más, fueron motivo de luchas gubernamentales y conflictos internacionales. El empleo de energías alternativas, como la solar o la eólica, combinado con el uso del aparentemente inagotable hidrato de metano, prometían el fin de las guerras por el petróleo. Y sin embargo, fue el principio del fin de nuestra Era Terrestre.

Dante Harris era uno de los afortunados que tenía reservado un asiento en Axis; un pasaje a la esperanza. Un pasaje que le correspondía a su cerebro, a esa máquina que, según algunos, alberga el alma. Pero era su reputación, su currículum, y no sus ganas de vivir, lo que había tenido en cuenta el comité que había tomado la decisión de incluirle en la lista de pasajeros. Si ese hubiera sido el criterio, probablemente habría sido uno más entre los millones de seres humanos que perecerían en la Tierra. Desde luego no deseaba la muerte, pero la vida no era un aliciente lo suficientemente tentador como para desear conservarla. No contaba

con una esposa, hijos, ni demás familiares que fueran a echarle de menos. De amigos andaba más bien escaso. Su vida giraba exclusivamente en torno a la ciencia, esa solitaria dama de blanco velo que siempre trataba de descubrir.

Un jovencísimo pero destacado Dante, fascinado por los clásicos de la literatura de ciencia ficción, marcó su destino como adulto, embarcándose en el solitario mundo de la física cuántica.

Cuando comenzaron las pruebas de selección entre la población para elegir a aquellos individuos sanos, de mayor nivel intelectual y que aportaran un máximo de posibilidades de supervivencia y desarrollo colonial en el planeta Agnes, el equipo de psicólogos tuvo dificultades a la hora de aprobar el expediente del Dr. Harris. Un diagnóstico contundente le invalidaría, al menos en términos de habilidades sociales, como futuro colono apto para la conservación de la especie humana: síndrome de Asperger. Este trastorno autístico de difícil diagnóstico, empobrecía notablemente la carga genética que transmitiría a sus descendientes y, por tanto, a las nuevas generaciones del planeta Agnes. No obstante, contaba con la formidable ventaja que le proporcionaba su extraordinaria inteligencia, que había demostrado ser de enorme utilidad durante el desarrollo de, precisamente, el viaje intergaláctico del que iba a poder formar parte.

Sin duda alguna, se hacía cargo de las consecuencias que implicaba haber impulsado una tecnología que no era capaz de salvar a todos, pero era el coste que la humanidad debía pagar por haber abusado de sus propias capacidades. Harris había sido uno de los desarrolladores del ascensor espacial, logrando crear un cable de nanotubos de carbono lo suficientemente estable para posibilitar el transporte de personas y mercancías desde las bases terrestres a las estaciones espaciales. Este avance había disparado la investigación espacial y por tanto había acelerado todo el proceso de exploración galáctica y, finalmente, intergaláctica.

Cincuenta años de trabajo dieron sus frutos y finalmente pudieron ser diseñadas y construidas las cinco naves que evacuarían al mayor número posible de personas, especies animales y vegetales. Cincuenta mil de nueve mil millones; una cifra ridícula, pero suficiente para tratar de conservar la especie humana. Daba gracias de no haber sido miembro del comité internacional de expertos que decidía quién debía vivir y quién morir, ni de tener que formar parte del las FECI (fuerzas especiales de control internacional) que se encargaban de doblegar a las enloquecidas hordas de personas que trataban de sabotear el viaje o colarse de algún modo en las bodegas de las naves. El uso de gas narcotizante se había generalizado en las intervenciones de este tipo, por lo que no fue difícil reducir a la mayoría de los individuos sublevados.

Dante Harris viajaba en la primera nave en despegar y por tanto le habían encargado la encomiable tarea de registrar, en una suerte de diario virtual, cada detalle de lo que durante el viaje aconteciera, así como las impresiones que en él

suscitaran como científico. No era la primera nave tripulada enviada a la galaxia Alpha Centauri, ni mucho menos eran novatos en el uso de motores de fusión de hidrógeno como fuente de propulsión, pero jamás habían puesto en órbita semejante proyecto. No había tiempo para pruebas ni para preparativos mayores.

Viajar a otra galaxia a la velocidad de la luz significaba inexorablemente viajar en el tiempo; un hecho que, sin duda alguna, conmocionaba a todos. Tan sólo les llevaría cuarenta y cinco días llegar a su destino, mientras que para la Tierra habrían pasado ocho años y medio. El abismo temporal les alejaría mucho más que el espacial, si se consideran entidades separadas, lo cual sigue siendo más que discutible. Por muy avanzada que estuviera la ciencia, algunas leyes físicas permanecían inalterables. Todas las cosas se mueven de un estado ordenado a uno desordenado; el Universo siempre tendrá hambre de entropía; así es su naturaleza. Por tanto, la unidireccionalidad del tiempo y la irreversibilidad de los acontecimientos, condenaban a los tripulantes a un viaje sin retorno, fuera cual fuera el resultado del mismo. Su mundo desaparecería, para siempre.

Una vez estuvieron en órbita, contemplando la Tierra desde la cuna de las estrellas, resultaba difícil creer que tanta belleza no fuera más que una manzana podrida. La enfermedad que estaba acabando con el planeta se llamaba «Humanos» y ya se encontraba en fase terminal. Todos habían contribuido a su destrucción y ahora se disponían a colonizar otro planeta que poder devastar. A pesar de haber perdido su esplendor pasado, la Tierra seguía ejerciendo un poder hipnótico sobre sus observadores espaciales. Sentado en una de las butacas del mirador C32, Dante no pudo evitar sentir añoranza al despedirse del que fuera su hogar, no tanto por la posibilidad de llegar a echar de menos la vida que dejaba atrás, como por tener que abandonar el invernadero de plantas exóticas, que tanto tiempo y esfuerzo le había llevado. Más de trescientos especímenes, rescatados de los basureros genéticos en los que se habían convertido los almacenes nacionales de botánica, antaño dedicados a la conservación de la vida en el planeta, se perderían en el olvido. Únicamente tuvo tiempo de preparar ciento veinticinco especies para su traslado a Agnes y, muy a su pesar, solamente aquellas plantas que pudieran tener alguna utilidad para el ser humano. Se sentía incómodo fuera del contexto al que estaba habituado, rodeado de desconocidos, en un lugar extraño y, aún peor, en dirección hacia la incertidumbre más absoluta. Las compuertas del mirador se cerraron y la velocidad alcanzó su máximo; ya no había nada que ver, al menos durante el mes y medio que quedaba de viaje.

Los nervios y el agotamiento (aún no se había habituado a la luz artificial y a la falta de referencias naturales que separaran noche y día) le empujaban a frotarse frecuentemente la protuberante nariz, hasta enrojecerla y hacerla parecer aún más grande. No es de extrañar que, ensimismado en la fricción, no se percatara de la presencia de la Doctora Felps. Había ido a reclamar su presencia en el laboratorio L240.

Anna Felps era una renombrada genetista que había ayudado a Dante en su obsesivo intento por recuperar plantas para su invernadero. Haber trabajado con él a un nivel tan personal le había proporcionado la posibilidad de comprender bien las motivaciones de sus inflexibles conductas, por lo que no se molestó al ver que Dante no reaccionaba ante sus tentativas de comunicación.

La nave contaba con laboratorios especializados en los que equipos multidisciplinares seguían trabajando en los preparativos para la llegada a Agnes y, con peores resultados, en la búsqueda de algún método que les llevara de vuelta al hogar en dirección opuesta a la de la flecha del tiempo. A nadie le gustaba haber tenido que abandonar a sus congéneres a su suerte; el sentimiento de culpa prácticamente formaba parte del aire que respiraban, lo cual incomodaba sobremanera al introvertido Harris que, una y otra vez, debía enfrentarse a un torbellino de emociones ajenas que no lograba compartir.

Siguió a Felps al laboratorio sin mediar palabra y se dirigió, taza en mano, directo a la suministradora de bebidas. Nunca soltaba su mugrienta taza de cerámica negra, sobre la que cada mañana dibujaba alguna fórmula de tiza sobre la que reflexionaría a lo largo del día. Lo último que escribió en ella aún se leía perfectamente: $dQ/T \leq dS$; $\int_1^2 dQ/T \leq \Delta S$.

Interminables horas de trabajo desentrañando la naturaleza de lo que se conocía por energía oscura, rodeado de jóvenes y prometedores cerebros, anotando datos y más datos en su diario, resultaría ser la medicina perfecta contra su incipiente mal humor. Así sería su rutina durante los próximos cuarenta y cinco días.

Cuando los altavoces anunciaron la entrada en la galaxia Alpha Centauri y las compuertas de los grandes ventanales que rodeaban la nave se abrieron, masas de personas se agolparon en los miradores distribuidos en todas las plantas, para admirar por primera vez su nuevo firmamento. Un espectáculo de lenguas de fuego provenientes de las erupciones solares de la enana roja les daban una calurosa bienvenida al hogar.

Felps, no menos arrebatada que los demás pasajeros por el paisaje que les rodeaba, aburría a Harris con su exacerbado entusiasmo al vislumbrar Agnes. Su parecido con las primeras eras de la Tierra resultaba abrumador; rebosante de color que indicaba su riqueza y virginidad natural, Agnes realmente parecía un paraíso ante los ojos de aquellos humanos, que nunca antes habían conocido bosque alguno, más allá de los archivos digitales.

Axis orbitaba alrededor de Agnes, mientras desde la cabina de control principal se ultimaban los preparativos para la entrada en su campo gravitacional.

La doctora continuaba su discurso acerca de las maravillas que les esperaban

en la superficie del planeta mientras Harris, absorto en los escritos de su diario, ignoraba lo que estaba por acontecer pocos minutos después.

El alboroto se extendió entre el gentío como un murmullo homogéneo *in crescendo*, sacando al científico de sus elucubraciones. Irritado se acercó al cristal para descubrir el motivo de tal agitación. Tras el planeta azul asomó lo que aparentaba ser una imponente nave de combate, de envergadura mucho mayor que Axis. Una inquietante nebulosa azul rodeaba su estructura, como si flotara sobre una cama de gas. Inmediatamente el cerebro de Dante Harris comenzó a trabajar, buscando una explicación científica a tan inesperado hecho, que podía suponer el fin de su viaje y el de toda la humanidad. La alerta roja se activó cuando, al salvar distancia con el planeta, se manifestó una docena de naves más, similares a la primera, cercando Agnes.

Sin duda alguna no estaban preparados para un encuentro alienígena, pues ninguna exploración previa de la zona había dado indicios de ningún tipo de vida inteligente o amenaza y la premura no había permitido desarrollar más que lo básico para el traslado de los pasajeros. No contaban con armamento o con escudos que les protegieran de un supuesto ataque ni hubo motivos para intuir nada parecido. El desconcierto estaba presente en cada rincón de la nave y el caos comenzaba a abrirse hueco entre los científicos y la tripulación, que no lograban hallar una explicación plausible a los sucesos que acontecían.

Harris y Felps se apresuraron a la sala de control, donde gran parte de los expertos se encontraban ya reunidos con el capitán. La gran sala ovalada estaba orientada hacia los ventanales, desde los cuales se apreciaba con claridad el panorama estelar.

Una nave cargada de inmigrantes ilegales en busca de un futuro desconocido se había aventurado apresuradamente en una galaxia, de la que creían conocer lo suficiente para adentrarse en sus entrañas.

Un estruendo, similar al de un estallido silbante, silenció por completo la nave, que quedó paralizada. Los generadores se apagaron, los sistemas de emergencia se encendieron y se perdió el control de navegación, a pesar de no registrarse ningún tipo de daño ni estructural ni tecnológico.

Una llamada entrante apareció en la pantalla de mando, mostrando la imagen de un hombre ataviado con un uniforme negro. En su rostro se reflejaba una salud encomiable y en sus ojos grises una tranquilidad que recordaba a la de los bebés en el vientre materno. Absoluta expectación.

—Capitán Oliver Tull, al mando de la nave interestelar Halfling 8; les doy la bienvenida a Agnes.

El capitán de Axis tardó unos segundos en reaccionar al saludo.

—Capitán Sendor Neils, al mando de la nave de colonización Axis, de la Tierra. Desconocíamos la existencia de vida inteligente en el planeta Agnes. Nos encontramos en una misión sin retorno, pedimos se nos permita tomar tierra y se nos informe sobre la situación.

—Por supuesto, será un placer remolcarles a la base.

Una cegadora luz, generada por un potente campo magnético, envolvió la nave como una burbuja celeste. Por un brevísimo instante, Harris tuvo la sensación de estar desconectado de su propio organismo y perder la consciencia. Sin embargo, aquel estallido de luminosidad no había durado más allá de tres segundos. Sus ojos aturridos y doloridos aún no lograban acostumbrarse de nuevo a la luz ambiental, cuando la voz del capitán Tull volvió a escucharse en la sala.

—Por favor, rogamos mantengan el orden mientras sus organismos se aclimantan. Los viajes de desconexión pueden producir desorientación durante unos minutos tras el aterrizaje.

Harris se esmeraba en centrar la vista en el tablet para continuar con su trabajo de escriba, en un intento por normalizar la situación, mientras Felps le tomaba del brazo para guiarle hacia la salida. Una dulce voz femenina daba instrucciones precisas sobre el orden de desembarco para dirigir a la tripulación y a los pasajeros a sus respectivas rampas y evitar aglomeraciones.

Las compuertas se abrieron y aquellos desplazados terrestres, hombres, mujeres y niños, ante los que se presentaba una oportunidad de preservar la especie humana, pudieron contemplar por primera vez a Agnes, su tierra prometida.

Una inmensa ciudadela se abrió ante sus ojos, una ciudad de apariencia antigua, levantada entre, y no sobre, el paraje natural que la rodeaba. El aire expandía los pulmones en un éxtasis de pureza, dando a conocer fragancias nuevas y reconfortantes; olor a hogar, a paz y a orden. Densos bosques delimitaban un horizonte aparentemente virgen, cuya vegetación daba cobijo a una extraña y variada fauna, que se dejaba descubrir tímidamente.

Una formal comitiva de bienvenida, apostada frente a los muros de la fortificación, formada por hombres y mujeres ataviados con trajes de clara reminiscencia medieval, guió a los recién llegados a través de la paterna de entrada. A pesar de la presencia de murallas y torres, a primera vista nada indicaba que esas gentes tuvieran necesidad de defenderse de amenaza alguna, pues carecían de armamento y no había indicio sobre la existencia de algo parecido a un ejército.

En el interior, una inmensa ciudad de piedra, pulcra y fastuosa, de calles bellamente decoradas con banderas coloridas que representaban una suerte de escudos heráldicos, denotaba la grandeza y riqueza de aquella población. Árboles frutales delimitaban las calles, por las que el tránsito era abundante pero no desordenado, mientras carromatos tirados por majestuosos caballos transportaban

pasajeros y mercancías de un lado a otro de la ciudad.

El capitán de la Axis y un grupo de científicos reputados, entre los que figuraban Harris y Felps, fueron conducidos al interior de la torre del homenaje. Contrariamente a lo esperado, en su centro encontraron una plataforma que les transportaría a las entrañas de la ciudad, que albergaban una suerte de sala de control que, a todas luces, no pertenecía al medioevo.

Esa extraña atemporalidad, en la que se juntaban elementos anacrónicos, que por otro lado encajaban a la perfección en el puzzle que se había conformado en aquel planeta, mantenía a Harris completamente extasiado en cálculos que pretendían dar respuesta a las preguntas que suscitaban tales maravillas.

Fueron invitados a tomar asiento en una especie de foro, de cuyo centro emanaba una columna de energía que se alzaba a lo alto. Inmediatamente después de sentarse, Harris comenzó a entenderlo todo. No sabía explicar cómo, pero de esa energía manaba toda la sabiduría de millones y millones de años de civilización humana, infinitamente más avanzada que la propia y sin embargo, se trataba de la misma.

En su conciencia se reflejaron ideas, conceptos, cifras, datos, millones de años de historia, como imágenes en su propia retina. Comunicación en estado puro, sin intermediarios, sin interferencias y sin malentendido posible.

Una identidad que deja de existir para pasar a formar parte de un todo mayor, inabarcable para una mente individualista. Una sola mente colmena que aún así no omite al ser, sino que lo ensalza como parte única y esencial, dentro del perfecto engranaje que crea a la nueva humanidad.

La humanidad no es la misma de antes. No somos ya nada del pasado que traéis con vosotros. Nuestra especie ha cambiado, ha aprendido para no perecer. Esta fortaleza es el recuerdo de nuestro origen, la nostalgia, por así llamarlo, antes de la hecatombe terrestre, así como un símbolo del equilibrio que debe reinar entre el desarrollo de una civilización y el respeto al entorno que le da cobijo. Aquí todos somos educados en estas normas de convivencia, que nadie cuestiona, pues la memoria genética ha sido preservada en nuestros cerebros para recordarnos las nefastas consecuencias de la violación de dichas pautas. Así es que la psicossistematización es la herramienta que estamos utilizando para funcionar de forma eficiente.

El tiempo no existe más que en la imaginación de quienes lo concibieron para dar sentido a la vida, para dar orden al caos. Una vez entendido esto, fuimos capaces de abrir la puerta de la imaginación y las investigaciones se centraron en el uso de los taquiones. Logramos imitar el movimiento de estas partículas, capaces de trasladarse con infinita

rapidez; así, dejamos de existir en un plano para reaparecer en otro, generando un campo electromagnético que nos desconecta de un lugar y un tiempo y reconecta en otro lugar u otro tiempo que nosotros elegimos. Fuimos capaces de comprender que el universo forma parte de nosotros mismos y que, en cierto modo, el autocontrol significaría el poder de manejo del tiempo y el espacio. Desarrollamos una tecnología que fusionaría la mente con la energía, dotándonos de control sobre el rumbo que tomarían las naves con sólo pensar en el destino.

De este modo os hemos interceptado en nuestro propio pasado, para llevar a término lo que durante milenios hemos intentado: acelerar, por el bienestar de nuestros antepasados, el desarrollo tecnológico y social de los recién llegados, para garantizar al máximo la variabilidad genética natural. No obstante, nuestro código moral nos impide viajar al pasado para otro fin que no sea la salvación del mayor número posible de animales y plantas, sin alterar los acontecimientos que marcaron la historia del planeta llamado Tierra. Únicamente pueden viajar al pasado aquellos que sean preparados estrictamente a tal efecto, y solamente aquellos nacidos en Agnes podrían hacerlo. Una nave acaba de ser enviada a la Tierra para recoger a los que allí quedaron tras vuestra partida. Agnes es el primer planeta de tantos capaces de dar cobijo al ser humano, que es una de tantas especies que habitan el universo en armonía. Pronto seréis iniciados y preparados para que vuestras mentes sean fuertes y despojaros de la debilidad propia del humano antiguo que destruyó la Tierra.

Bienvenidos.

© Giawulf Schulz

GIAWULF SCHULZ nació en Madrid en 1980, en el seno de una familia hispano-alemana. Se licenció en Psicología en 2006 y se trasladó a Zaragoza en 2013, donde compagina su afición a la pintura con la escritura. Su pasión por las artes es innata y desde bien pequeña se entretenía inventando historias cargadas de fantasía, que acompañaba de dibujos e ilustraciones. Su interés por la Historia y sus conocimientos sobre la mente humana le han permitido desarrollar personajes realistas, que se debaten entre las emociones y la razón.

REGRESO A EDÉN

por Nacho Becerril

¿Se puede revivir el pasado? ¿Podemos volver a las raíces? Regreso a Edén nos da una inquietante y sorpresiva respuesta, planteando al mismo tiempo una pregunta escalofriante: ¿la historia es cíclica? Y si lo es, ¿podremos regresar a Edén nosotros también?

Contempló las viejas ilustraciones. Representaban paisajes idílicos, cubiertos de plantas, árboles, lagos cristalinos y altas montañas bajo un hermoso sol. Y, entre helechos y libélulas, niños jugando bajo la atenta mirada de sus confiados padres ¿Alguna vez volverían a ser posibles imágenes como la que tenía ante sí? ¿De verdad era cierto que podrían recuperar... la Tierra?

Cerró aquella antigualla llamada libro –pero que prefería a las luminosas reproducciones virtuales que sin embargo por algún extraño motivo le dejaban siempre melancólico– y observó a través de la escotilla el insondable espacio. Acababan de salir a velocidad sublumínica y las estrellas eran de nuevo visibles. Estrellas y constelaciones desconocidas para él, pero a las que se sentía irremediamente unido, pues eran las de sus antepasados. El cielo de sus ancestros. Cuando vivir era un derecho y no un privilegio. Cuando cada día era una ilusión renovada y no una agonía insoslayable. Respiró profundamente. Pronto llegarían a su destino.

La Tierra.

¿Sería verdad que había sobrevivido? ¿Realmente la naturaleza había ganado la batalla y nuevamente la vida había resurgido en su arrasada superficie? Todos los datos indicaban que sí, que la Tierra continuaba allí, verde y azul, tal como la recordaban. Una burbuja de vida en medio de la nada, resplandeciente como un diamante y mucho más frágil y deseada. Esperando dulcemente el regreso de sus hijos pródigos.

Pródigos e ingratos, porque habían estado a punto de ser los causantes del fin de la existencia de aquella doliente madre. Cegados por el egoísmo y la codicia, hace generaciones la exprimieron tanto, la maltrataron hasta tal extremo que en su loca carrera jugaron a ser dioses y provocaron el estallido de un artefacto nuclear con una potencia tan enorme que formó un cráter de ciento ochenta kilómetros de circunferencia a la altura de uno de los trópicos. Las consecuencias de tan descomunal desastre sumieron al planeta en una devastación tan desoladora que no sólo provocaron la extinción de la vida en casi toda su superficie, sino que los pocos estudiosos que se hallaban en las colonias espaciales o en las zonas que a duras penas aguantaron al cataclismo, predijeron que su eje se había des-

estabilizado y con toda probabilidad acabaría saliéndose de su órbita, chocando con otros planetas y llegando incluso a precipitarse en el sol.

Ante tan nefastas perspectivas, los supervivientes únicamente tuvieron una opción: huir sin mirar atrás, en busca de un lugar donde volver a comenzar y, tal vez, aprendiendo de errores pasados, vivir en paz entre ellos y con el Universo. Y en un mundo desolado, donde ya no había ciudades ni fábricas con las que preparar los instrumentos de su éxodo, solo les quedó dismantelar todo cuanto había quedado, aprovechar hasta el último pedazo de las ruinas que ellos mismos habían provocado. Así abandonaron el planeta sin dejar apenas ningún vestigio de su paso por él, sin dejar nada detrás salvo cadáveres. En aquellos momentos, el pasado era doloroso y preferían no volver la vista atrás y pensar sólo en el futuro, en un nuevo futuro, en un nuevo lugar donde volver a sentirse en casa.

Siglos después, aún no lo habían encontrado. Se habían convertido en una especie errante, vagabundos del espacio, arrastrando los restos de su civilización marchita a lo largo y ancho de un firmamento que se les mostraba cada vez más arisco y vacío. Las hermosas y modernas naves con las que partieron, ahora eran quejumbrosos amasijos de óxido y remaches, remendadas una y otra vez con repiezos de las que inevitablemente iban quedando detrás. Y la orgullosa raza que las construyó con el loco sueño de dominar el espacio y conquistar mundos lejanos, unía ahora la vergüenza de su pecado con el desaliento de la infructuosa búsqueda y la degeneración de la obligada endogamia.

Miró las paredes de la nave, con ese color ocre que inevitablemente el tiempo deja en todo lo que no tiene futuro y ese aspecto húmedo proveniente de las sustancias sintéticas utilizadas en las reiteradas reparaciones a que había sido sometida y comprendió cuan importante y que tan a tiempo había llegado esa nueva oportunidad que el destino les brindaba. Incluso su uniforme, heredado de anteriores comandantes, lucía desgarrones y zurcidos que no aguantarían otro remiendo más. Tampoco su alma, ni la de todos los que le acompañaban. Y tampoco el alma de los que habían dejado atrás en un renovado y vivificador anhelo por escapar de aquel infierno en el que se estaban marchitando poco a poco.

Llevaban tanto tiempo encerrados en sus naves, respirando aire artificial, alimentándose de cada vez más nauseabundos y degradados compuestos químicos y reciclando hasta el paroxismo cada elemento de su existencia que, cuando recibieron apenas meros indicios de que su vieja morada todavía resistía y podía estar además en condiciones para albergarles de nuevo, no duraron un momento en centrar todas sus expectativas en ese regreso. La vuelta al anhelado paraíso, a los soñados paisajes de su ajado libro. Al Edén perdido.

Y ese era el objetivo de la misión que comandaba. Averiguar si era cierto. Asegurarse de que la esperanza era de nuevo posible. Porque tampoco quedaba mucho tiempo. Como una broma macabra, el pasado se había convertido en el único

futuro. Estaban al borde de la extinción, como si su pecado les persiguiese como los últimos moradores de un planeta cuyo fin estaban obligados a compartir y que sólo habían esquivado en un agónico tiempo de descuento.

La pantalla del monitor se encendió con una señal de alerta. Un mensaje confidencial de alta prioridad del Oficial Científico de la expedición. Autorizó la comunicación con un gesto. Tuvo que repetirlo varias veces hasta que por fin el vistoso escáner óptico lo detectó. La pantalla hacía tiempo que había dejado de funcionar, así que tuvo que imprimirlo en un oscuro papel para poder leerlo. Durante los minutos siguientes en los que estuvo revisando el contenido del informe enviado su rostro no dejó de reflejar sorpresa y preocupación.

Cuando terminó, se incorporó y acudió a un armario de donde extrajo una botella de licor destilado. Una prerrogativa reservada para unos pocos. Casi sin sabor y de alta graduación, al menos no le dejaría ciego o demente como los brebajes que circulaban en la flota para procurar olvido a sus integrantes. Se sirvió un poco. Lo reconsideró y con un gesto decidido terminó de llenar el vaso. Lo necesitaría, pensó, si se confirmaban aquellas noticias. El destino era, como siempre, esquivo. Todavía parecía que tendrían que expiar un poco más por sus errores. Aquellos malos presagios se agolparon en su espalda en forma de un penetrante escalofrío que no le abandonó durante el tiempo que tardó en apurar su copa.

Llamó a su asistente y le ordenó que convocara al Consejo lo antes posible. No se sentía con fuerzas de afrontar a solas la pesada carga que había caído sobre sus hombros.

Los miembros del Consejo le observaban taciturnos. Allí estaban el Oficial Científico, el Jefe Militar, la Ingeniera Mayor, la Directora del Servicio Médico y la Gran Sacerdotisa. Todos habían leído el informe preliminar. Sentados en rededor de la mesa de debate, con las galas y atuendos que atestiguaban su condición, trataban de disimular la perturbación que las novedades les habían supuesto. Eran lo mejor que quedaba en la flota. Los más preparados. Los más prestigiosos. Los seleccionados para aquella vital misión y quienes tendrían que hacer frente al grave problema con el que se enfrentaban. Para ello se les había investido de poderes ilimitados y, en un último esfuerzo casi al borde del colapso, de los mejores recursos técnicos y personales disponibles. Ahora, a la tenue luz de aquella sala, parecían mucho más viejos de lo que en realidad eran.

Les miró circunspecto. Debían tomar una decisión trascendental. No dilató más el debate:

—Bueno, ya sabemos a qué nos enfrentamos. Llevamos viajando más de una década para llegar hasta aquí y todos sabemos que no podemos demorarnos otra

más en pedir nuevas instrucciones.

—Una de ida de la nave correo y otra de vuelta con la respuesta. Y eso siempre que consiguiésemos combustible suficiente y que fuera capaz de mantener la máxima aceleración de un modo continuo —corrigió algo desolada la Ingeniera Mayor, una vieja oficial habituada a hacer milagros con los elementos y herramientas que tenía a mano, responsable del mantenimiento de aquellas antiguallas sin piezas de repuesto ni talleres de reparación—. Además para recibir el mensaje la flota debería detenerse y perder la aceleración que les está trayendo tras nuestro. En el estado en que ha quedado muchas naves tras privarse de sus mejores piezas para dotarnos a nosotros, puede que no todas consiguieran volver a adentrarse en velocidad intralumínica de nuevo.

—Gracias por el apunte. Con esto creo que todos entendemos perfectamente que el tiempo es algo esencial. Luego profundizaré en otros motivos que también nos inducen a tratar de solucionar la cuestión nosotros mismos. Pero ahora quiero asegurarme que todos partimos de las mismas premisas. He pedido al Oficial científico que nos haga un somero resumen de la situación.

—Trataré de ser breve. —El Oficial Científico era el más joven de todos los presentes. Brillante e inesperado legatario de lo que en otro tiempo fue una prestigiosa casta de investigadores avezados y rigurosos, en los últimos tiempos había despuntado más allá del mero mantenimiento de unos conocimientos que por falta de renovación quedaban cada vez más caducos. De hecho había sido el promotor precisamente de los proyectos gracias a los cuales se había descubierto la pervivencia de la Tierra y era responsable además de gran parte del éxito de la expedición. Sin embargo, su rostro ya acusaba el peso de tanta responsabilidad y parecía prematuramente avejentado—. Hace unos años, desesperados por la falta de resultados en nuestra búsqueda de un planeta en condiciones mínimas de habitabilidad, lanzamos sondas no tripuladas a todos los lugares que se nos ocurrió, tratando de evitar seguir buscando a ciegas. De todas ellas, la única que obtuvo resultados prometedores fue precisamente la más insospechada, la que enviamos a nuestro propio punto de origen: nuestra añorada Tierra.

—¡Alabados sean nuestros Antepasados! —recitó solemnemente la Sacerdotisa, una madura dama de arrebatadora prestancia, como se presuponía en alguien de su categoría. Para un pueblo que había perdido sus raíces y erraba perdido por el cosmos, el culto a los antiguos había adquirido después de tanto tiempo una importancia decisiva, casi fanática, buscando en el pasado un sentido del que carecía el presente y menos aún un incierto y oscuro futuro. La esperanza en el mañana que impregnó sus primeros pasos había quedado lejos ante las reiteradas desilusiones que habían sufrido. La autoridad del clero de esa religión se había visto acentuada aún más por aquel giro del destino que les llevaba de vuelta al mismo origen, como si el mismo creador hubiera accedido por fin a perdo-

narles y redimirles.

—¡Alabados! —respondió solícito el Científico, conocedor del delicado lugar que su posición le otorgaba, representante y heredero en definitiva de aquellos a quienes irremediablemente se acusaba de provocar el desastre originario—. A pesar de que nos faltaba todavía mucha información que aconsejaba ser prudentes, no pudo evitarse que la noticia se filtrara y que se extendiera rápidamente hasta que la población pusiera en ella todas sus ilusiones, de un modo tan desmesurado como comprensible. El Senado se vio pronto obligado por una excitada opinión pública a adoptar la determinación de poner rumbo a la Tierra, sin más preámbulos ni consideraciones. Aun así, la velocidad a la que la Flota se desplaza resultaba demasiado lenta para las expectativas generadas, por lo que se decidió enviar dos naves para recabar más datos y, en su caso, preparar el ansiado retorno.

—La Arcángel y la Draconia —apuntó nuevamente la Sacerdotisa, algo soberbia.

—Exacto. La Draconia, un pequeño aparato explorador extremadamente rápido como avanzadilla, y la Arcángel, en la que nos encontramos, un crucero estelar con recursos suficientes para hacer frente a cualquier posible contingencia.

—Como la que nos hemos encontrado —señaló el Jefe Militar, visiblemente satisfecho por la mayor relevancia que le otorgaba aquel giro de los acontecimientos y deseoso de empezar a tomar parte en la reunión.

—En efecto. La Draconia ya ha llegado a su destino y, si los datos hallados en la baliza enviada por ella son ciertos, hay novedades inquietantes.

—Nada a lo que no podamos hacer frente —reafirmó el militar.

—Bueno, la cuestión resulta compleja. Por un lado se confirman nuestras esperanzas. La vida ha sobrevivido en nuestro planeta y es de nuevo un lugar habitable e, incluso, podríamos decir que acogedor. —Se detuvo unos instantes para coger fuerzas—. Tan acogedor que ya ha sido repoblado por otra raza inteligente.

Un murmullo se formó a su alrededor.

—Así es. Tras siglos vagando por el cosmos sin encontrar un solo vestigio de vida alienígena ni de otras especies extraterrestres, el primer contacto con una de ellas se produce irónicamente al tratar de regresar a nuestro abandonado planeta de origen.

—Es un giro insospechado del destino que nos obliga a tener que plantearnos ciertas cuestiones. Cuando se aprobaron las leyes y el protocolo del primer contacto, no imaginábamos que este se fuera a producir en estas circunstancias. Por los datos recibidos, la presencia de esos seres no se circunscribe a una mera colonia, o puntos concretos, sino que se extiende por todo el planeta con una densidad considerable. Se podría decir que el planeta ahora es suyo.

—Eso es absurdo. La Tierra es nuestra, siempre lo ha sido y siempre lo será. Nosotros somos sus pobladores originarios y tenemos todo el derecho a recuperarla. Ni siquiera deberíamos compartirla. Esos protocolos son absurdos y obsoletos —bramó vehemente el Jefe Militar.

Los presentes, ante tan apasionadas declaraciones, empezaron a hablar todos a la vez, apoyando o discutiendo sus afirmaciones. En ese momento un asistente entró visiblemente alterado al lugar de la reunión, portando un papel que entregó al Comandante. Este lo leyó para sí ante el silencio expectante del resto, que ante su rostro demudado, vio crecer su natural preocupación. Luego emitiendo un largo suspiro, pasó el texto al Oficial científico para que examinara los detalles. Dirigió una amarga mirada al resto antes de retomar la palabra.

—Señores, acabamos de recibir tristes noticias de la Draconia. Tengo el lamentable deber de comunicaros que sus tripulantes han sido atacados y, según todos los indicios, aniquilados por los pobladores del planeta. Todos sus esfuerzos por establecer contacto en distintos puntos del globo han tenido una respuesta hostil con luctuosos resultados.

—¡Asesinos! —exclamó el militar—. Para eso sirven las buenas intenciones. Ojala hubiéramos mandado soldados y no meros científicos bienintencionados. Creo que esto aclara bastante la situación ¿no?

El Oficial Científico examinaba los informes tan sobrecogido que tardó en reaccionar ante sus beligerantes palabras. Los tripulantes de la Draconia eran compañeros suyos, les conocía personalmente, e incluso él mismo había estado a punto de ir en ella. Para su mente racional aquella brutalidad de una raza supuestamente inteligente no resultaba admisible. Sin embargo, no había duda de los hechos y, por otro lado, los nuevos datos también abrían nuevos interrogantes.

—Es muy extraño. Según las investigaciones que les dio tiempo a hacer, la especie que ahora puebla el planeta no tiene un desarrollo muy alto. De hecho, podemos considerar que se encuentra en un estadio bastante primitivo de civilización, apenas con cierto desarrollo agrícola...

—Alimañas salvajes y violentas. Sabremos hacerle frente. Y mejor para nuestros soldados si su capacidad de oposición es baja o limitada.

—No sé si lo habéis entendido bien. Según todos estos datos, no tienen capacidad para viajar al espacio y menos para cruzar el cosmos.

—¿Y?

—Entonces, ¿cómo llegaron al planeta? Apenas hace mil años que lo abandonamos, dejándolo prácticamente desolado ¿De dónde han salido? ¿Quién o... qué, los ha llevado hasta allí?

El Comandante volvió a tomar la palabra.

—Es una cuestión sin duda inquietante, pero el tiempo es escaso y debemos adoptar decisiones prácticas. La pregunta más acuciante es ¿qué hacemos? ¿Nos damos media vuelta y nos volvemos por donde hemos venido, respetando el antiguo Código de encuentros con civilizaciones extraterrestres? ¿Tratamos de negociar? ¿Respondemos a su ataque? ¿Con qué fuerza?

El Jefe Militar iba a responder cuando con un gesto fue interrumpido por la Directora Médica, que tomaba la palabra por primera vez, y cuyo prestigio e influencia moral se impuso a su impulsividad castrense.

—Por favor, mantengamos el sosiego. Recordemos que tras nosotros viene toda la Flota y mucho me temo que no haya mucho sitio para compartir. Nuestras necesidades de espacio son grandes. Tras la explosión demográfica durante los primeros años de nuestra partida, nuestro número es más que considerable, a pesar de la decadencia de los últimos tiempos. Incluso gran parte de nosotros deberá conformarse con permanecer en el espacio, hasta que recuperemos las antiguas colonias de Marte.

—Entonces hagamos lo mismo que ellos. Ataquemos y aniquilémoslos. Es cuestión de supervivencia del más fuerte.

—Espero que no estemos hablando de un genocidio programado —repuso el Oficial Científico, algo preocupado por el cariz que tomaban los acontecimientos—. Por muy acuciantes que sean nuestros problemas, no dejan de ser seres vivos, una civilización con su propia y respetable cultura. La primera que nos hemos encontrado. Tal vez si les conociéramos podríamos aprender mucho de ellos.

—Ellos empezaron primero... —gruñó el Jefe Militar

—Amigos —medió en esta ocasión la Sacerdotisa—, hay algo que no debemos olvidar. Dudo que nuestra gente pueda o quiera esperar más. Este descubrimiento ha llegado en el momento oportuno. Las cosas no iban precisamente bien, estábamos al borde de la guerra civil. Esta nueva esperanza nos ha unido y...

—Por favor —tomó la palabra de nuevo la Directora Médica, probablemente la única con autoridad moral suficiente para interrumpir a la poderosa Sacerdotisa—, el asunto es aún más complicado y mucho más grave y acuciante. —Miró al Comandante buscando su aprobación y ante su señal de consentimiento continuó—. Lo que les voy a contar es altamente confidencial, pero deben saberlo para estar en situación de poder tomar la decisión más adecuada. Hay condicionantes apremiantes, que no admiten demora alguna.

Todos la contemplaron inquietos, pues conocían que se trataba de una persona prudente que no buscaría alarmarles si no fuera por cuestiones realmente graves.

—Desde que abandonamos la Tierra hemos estado sujetos a una endogamia atroz, agravada en los últimos tiempos. Llevamos además siglos expuestos a radiaciones espaciales desconocidas, con gravedad simulada, confinados en espacios minúsculos, bajo condiciones atmosféricas y lumínicas artificiales... Ello nos ha hecho desarrollar estigmas genéticos insalvables, que acarrearán enfermedades sin tratamiento posible y, lo más grave de todo, la pérdida de la capacidad de procreación. Sí, no me miren tan sorprendidos. Tal vez no se hayan dado cuenta, pero hace ya un tiempo que no hay niños en la flota y eso no es debido a las normas sobre limitación de la población. Al contrario, estas surgieron como medida extrema para enmascarar la espantosa realidad. Una terrible esterilidad masiva nos aflige y pone en peligro nuestra preservación. Y aunque sabemos extender nuestra esperanza de vida de un modo notable, no hemos encontrado solución a ese problema. Nos estamos extinguiendo lánguidamente.

Aquella pavorosa revelación dejó consternados a los presentes. Habían vivido unos años de auténtica ilusión ante la perspectiva de recuperar un pasado feliz y de repente surgían funestas sombras por doquier.

—La única opción factible que tras todos estos años de investigación hemos encontrado es rebuscar en nuestros orígenes, recuperando la información genética de nuestra especie, para poder borrar nuestros códigos enfermos y empobrecidos y dotarlos de savia nueva. Por eso se envió en realidad la baliza a la Tierra. No buscábamos un lugar al que volver, sino un tratamiento que nos salvase. Pero la respuesta superó todas nuestras expectativas.

—Entonces...

—Bajo la superficie de la Tierra yacen los despojos de cientos de generaciones de congéneres —tomó el relevo el Oficial Científico, concedor igualmente del espantoso secreto—, junto con los de miles de animales y plantas con los que compartimos una biología similar. Estamos cerca, muy cerca. De lo que hemos podido inferir de nuestras bases de datos, creemos que en la estructura molecular de los organismos que convivían con nosotros en aquella época podemos encontrar respuestas. A pesar del deterioro que el paso de tantos años pueda haber producido, si entre todos esos restos los hallamos y les extraemos la información genética necesaria, podríamos llegar a eliminar nuestras taras adquiridas. Aunque hubiera que remover el planeta entero buscando los restos adecuados. Volverían los niños. Repito, no se trata sólo de un sitio dónde vivir. Se trata de poder seguir existiendo. De tener un mañana.

Nadie fue capaz de emitir réplica alguna ante la contundencia de las revelaciones. Tras unos interminables segundos, por fin el Comandante tomó la palabra.

—Creo que todo está dicho. Pese a la oposición o resistencia que encontremos por los actuales habitantes del planeta, debemos recuperarlo al precio que sea.

No hay ni tiempo ni sitio para todos.

—Nuestro ansiado primer contacto con otra especie será violento y desgarrador —susurró entristecido el Oficial Científico.

—Sin armas atómicas esta vez, necesitamos que todo quede habitable. En realidad, el hecho de que no se encuentren demasiado evolucionados nos facilitará las cosas —apuntó la Directora Médica.

—No se apuren, la vieja infantería sabrá hacer el trabajo sucio, como siempre —expetó casi eufórico el Jefe Militar.

—Aún hay una cosa más —intervino de nuevo la Sacerdotisa. Todos se giraron a mirarla, temerosos de nuevas revelaciones que hicieran aún más arduas las determinaciones tomadas—. Esta es una decisión difícil que a ninguno nos deja indiferente. Resolver que otros deben morir para que los nuestros vivan es duro y no creo que sea una buena base para construir un futuro mejor. —Les clavó sus profundos ojos uno por uno antes de continuar—. He estado reflexionando mientras os escuchaba y estoy muy segura de lo que os voy a pedir. No, de lo que os voy a exigir por el bien de todos aquellos que han depositado su fe en nosotros. No es necesario que nadie en la Flota sepa lo que vamos a hacer. Debe permanecer oculto, como un maldito secreto. Es un pecado que debemos cargar nosotros solos. Ellos deben creer en todo momento que llegan a un planeta virgen que les está esperando como una madre redentora. El nuevo comienzo debe sustentarse en bases sólidas, puras, si no queremos recaer en los errores de antaño.

—Pero... —bufó el Jefe Militar viendo que sus sueños de gloria se esfumaban.

Se miraron unos a otros, todavía incapaces de reaccionar ante tan insólita y terrible petición. A pesar de que su corazón se negaba a aceptar algo así, sus cerebros iban poco a poco asumiendo que era una opción aceptable. De hecho, en aquella doliente y moribunda sociedad, tal vez un sacrificio muy pequeño para la luz que supondría ese nuevo comienzo, ese renacer.

—Nuestra estimada guía espiritual tiene razón, como no podría ser de otro modo. Debemos sacrificar la verdad por un mañana limpio y en paz. Aunque eso suponga vender nuestras almas —zanjó toda oposición el Comandante.

—O convertirnos en Ángeles exterminadores que traigan el Apocalipsis para esos desafortunados seres que no pudieron elegir dónde vivir —advirtió amargo el Oficial Científico.

—Basta. Ese será nuestro estigma y lo llevaremos con orgullo por el bien de todos nuestros seres queridos. No hay otra alternativa. Hagamos lo que tenemos que hacer —concluyó el Comandante.

—¡Alabados sean nuestros Antepasados! —apostilló la Gran Sacerdotisa.

—¡Alabados! —respondieron todos al unísono.

No se volvieron a reunir nunca más, como si el hecho de estar juntos les recordara de un modo demasiado evidente la terrible decisión que habían adoptado. Cada uno llevaba su culpa como podía, a su manera, concentrados en sus quehaceres, sin plantearse nada más. Tenían dos importantes misiones de las que dependía su existencia y la de toda su especie: buscar la savia que les devolvería la ansiada descendencia y con ella el futuro y eliminar el obstáculo que aquella raza impostora e inoportuna les suponía.

Semanas más tarde los combates se extendían por todo el globo. Sus habitantes, que habían proliferado enormemente sobrepoblándolo, habían resultado estar más avanzados de lo esperado y se resistían obstinadamente a la invasión. Fue una desagradable sorpresa que no casaba con los datos recibidos de la Draconía. Sin embargo la superioridad del armamento y tecnología de la Arcángel iba poco a poco imponiéndose y estaba previsto que la guerra concluyese en breve. Mientras tanto, el equipo de técnicos y científicos de la nave buscaba sin pausa respuesta a las implacables cuestiones de las que dependía su futuro.

El Comandante y la Sacerdotisa acudían al aviso del Oficial Científico, que les había citado en los restos de una ciudad recién tomada. El lugar de encuentro era un construcción más pequeña que las que la rodeaban, pero con un interior más amplio que las madrigueras superpuestas donde solían cobijarse aquellos peludos bichejos, por lo que, una vez demolida una de sus paredes, podían penetrar en ella sin demasiado agobio. Un soldado les acompañó por una serie de salas repletas de extraños utensilios apiñados.

Encontraron al Oficial Científico abatido, con los ojos profundamente entristecidos.

—Ellos no lo sabían, ¿cómo podían saberlo? Todo pasó hace tanto...

—¿Qué sucede, a qué vienen tantas prisas y qué es eso tan grave que tenía que comunicarnos? ¿Han encontrado los restos fósiles necesarios para solucionar los problemas de reproducción?

—Hemos viajado durante mucho tiempo por el espacio, moviéndonos casi a la velocidad de la luz, mientras que aquí todo permanecía igual. —El Oficial seguía como ausente, hablando en voz alta para sí sin responder a las cuestiones planteadas—. Para nosotros han pasado cientos de años, pero aquí... aquí han pasado millones...

La Sacerdotisa, más interesada en aquel intrigante edificio que en cuestiones técnicas o intelectuales, se separó para curiosear por los alrededores. El científico continuó, entregándole un arrugado informe con los datos recogidos.

—No es culpa suya, ¿comprende? Como nosotros, aparecieron aquí, se desa-

rrollaron y trataron de sobrevivir lo mejor que supieron. Para ellos nosotros, sencillamente, no habíamos existido. O éramos recuerdos de un pasado tan remoto, que se les antojaba fantasía. Cuando llegó nuestra primera nave, nos tomaron por seres quiméricos, mitológicos, venidos del infierno. Estaban muy atrasados, eran supersticiosos. Pero algo en su subconsciente, en su memoria colectiva primigenia, había permanecido del momento en que habitábamos este mundo. De algún modo nos recordaban y les parecíamos peligrosos. Bueno, en eso acertaban. Así que nos cazaron como lo que creían que éramos... demonios. Pero desde entonces aquí ha pasado siglos y ellos han seguido avanzando, creciendo. Se han civilizado más, han evolucionado. Tal vez ahora sí que podríamos haber contactado, haber hecho las cosas de otra manera.

—¿Siglos? ¿De qué está hablando? Hemos llegado apenas un mes después de que mataran a nuestros primeros enviados. Y qué son estos datos, cómo que no quedan restos suficientes para investigar. ¿Dónde están todos los fósiles? Tiene que haber miles de toneladas.

—Viajar a la velocidad de la luz transforma el tiempo... y el espacio está lleno de misterios. Quizás las propias perturbaciones de Tanhauser también hayan influido... No lo tuvimos en cuenta, no se nos ocurrió. Nuestra Tierra ha envejecido, ha generado nuevos habitantes, como en su momento nos engendró a nosotros. Y ahora ellos...

—¡Respóndame! ¿Dónde están esos restos que necesitamos?

—Los antiguos cementerios, donde se depositaba la información... Con el tiempo se transformaron, se transmutaron en otras sustancias. Sus conocimientos de química son muy burdos, para ellos sólo eran cadenas de hidrocarburos... No sabían, no podían saber que eran la clave de nuestra salvación...

—No es posible...

—Tras tanto tiempo se habían convertido en un líquido oleaginoso, aún aprovechable, con todos los datos que precisábamos todavía dentro, pero... muy volátil... y ellos... Una civilización pujante necesita mucha energía y no han descubierto aún la fusión nuclear, y descubrieron motores que...

Escucharon un angustioso grito proveniente de la sala contigua.

—¡SACRILEGIO! ¡ABOMINACIÓN!

Ambos miraron hacia el lugar de dónde procedían aquellos sollozos. Conster-nado, el Comandante preguntó:

—¿Qué hay ahí dentro?

—Su pasado... nuestro futuro.

El Comandante seguía tratando de asimilar lo que estaba leyendo en el infor-

me. La ansiada recuperación de la información genética, volatizada en los burdos motores de combustión de aquella raza estúpida. Toda la esperanza de su raza perdida. Aquellos seres blandos y pálidos habían conseguido con su afán depredador y su necia manera de saquear los recursos del planeta ganarles la batalla. Poco importaba que ahora les masacraran y destruyeran hasta la última de sus endeble ciudades. A la larga, ellos sucumbirían también. Ahogados en su propia degradación genética.

Se arrastró pesadamente dentro de la sala, desolado. Sus ojos casi se le salieron de las órbitas cuando una vez dentro pudo contemplar frente a él el esqueleto fosilizado burdamente reconstruido de uno de sus ancestros, desenterrado e impudicamente mostrado para regocijo de aquellos bárbaros seres.

La voz del científico resonó como una letanía fatídica.

—Creían que nos habíamos extinguido, que éramos meras reliquias de un pasado remoto del que sólo quedaban huesos y marcas en las piedras. Pero, para su desdicha, hemos regresado para reclamar lo que una vez fue nuestro.

Notó cómo las escamas de su espalda se erizaban y agitó su cola nerviosamente mientras escuchaba el final de aquella siniestra revelación.

—En su primitivo lenguaje nos llaman... «dinosaurios». Y aunque ahora ya nunca lo sabrán, en realidad estamos tan muertos como ellos.

© Nacho Becerril

JOSÉ IGNACIO BECERRIL POLO, Nachob, escritor maño afincado en Madrid, lleva publicados en la actualidad tres libros de relatos de fantasía, terror y ciencia ficción (*Un año de palabras* -2008-, *El monstruo en mí* -2011- y *El hombre imaginado* -2013-), además de participar en numerosos recopilatorios y antologías colectivas.



NOVELAS

OXÍGENO Y AROMASIA CAPÍTULO XXI: LEJOS DE LA TIERRA

por Claës Lundin

Traducción: Alicia Maseda Martin.

Apolónides se topa con el altruismo encarnado en el viejo Hemispherion, un hombre de ciencia que gusta ayudar a los demás. Si bien el encuentro es prometedor, las cosas tomarán un rumbo inesperado que en poco favorecerá a Apolónides.

Cuando Apolónides, sin que nadie se diera cuenta, abandonó la fiesta nocturna de tía Vera, no se desplazó por el aire de la forma habitual. En silencio, se dejó caer hasta la acera y caminó con pasos inseguros por un barrio al que llamaban Hasselbacken. Llevaba el mismo nombre que una antigua institución, supuestamente situada en aquel lugar y muy famosa durante los siglos XX y XXI, la cual había realizado importantes aportaciones a la historia de la cultura escandinava.

Apolónides entró en Davidsonsgatan, una de las calles comerciales más ricas y exquisitas de Estocolmo, en la que los palacios estaban llenos de brillantes mercados, desde la primera planta hasta la decimoquinta y decimosexta hilera de habitaciones. Como de costumbre, los discos aéreos y otros vehículos flotaban de arriba a abajo delante de los almacenes.

Las tiendas estaban iluminadas con colores vivos y todos los excelentes productos de los últimos tiempos se podían comprar allí. Se encontraban alineados de manera artística en paredes de kresim y a veces colgaban sobre la calle con el fin de llamar la atención.

Se trataba de un viaje, un ir y venir, una negociación, una oferta, un acuerdo de precios, una conversación, una lucha que la gente de las antiguas calles de negocios nunca podría imaginar.

—¡Ay! ¡Qué ruido! ¡Qué vida más loca! —exclamó Apolónides y se apresuró para alcanzar las partes más tranquilas de la ciudad. Sin embargo, Davidsonsgatan era muy largo y las calles que desembocaban en él no resultaban menos ruidosas.

—¿Por qué no me quedé en las ruinas de Karlsborg? —se quejó el triste poeta.

Esta noche me siento más infeliz que en toda mi vida, pensó. Su amor por Aromasia era más desesperado que nunca. No había podido evitar darse cuenta

de la frialdad de la artista hacia Oxígeno. Eso le había devuelto las ganas de volver a intentar ganar el amor de la preciosa joven y le hacía ver el mundo con ojos más felices.

No obstante, pronto no podría negarse a sí mismo que, si bien Aromasia ya no mostraba el mismo afecto por Oxígeno que antes, su actitud hacia él no había cambiado. Seguía consistiendo en la misma amabilidad, pero una amabilidad sin ternura, sin aliento, sin signos de esperanza de que la amabilidad podría convertirse en afecto. Ya no existía ninguna posibilidad, ni un solo rayo de esperanza. Para Apolónides todo parecía haber sido arrasado por una oscuridad impenetrable, mientras él buscaba a tientas su camino en medio de la avalancha de luz de Davidsonsgatan.

Entonces volvió a ver la imagen de Oxígeno. Ese hombre horrible, que una vez fue su amigo, se había convertido en su peor enemigo. Oxígeno había intentado matarlo. Apolónides estaba seguro de que esa había sido la intención de Oxígeno aquella mañana, cuando flotaban sobre el lago Vättern y el vehículo de Oxígeno había descendido hacia el disco aéreo del quemado. No sabía por qué no había llevado a cabo su objetivo, pero tampoco lo tenía en gran estima.

¿No había dado a entender Oxígeno a Apolónides, aquella misma tarde, que se encontraba en su lista de personas a eliminar? ¿No había declarado el despiadado materialista que el deber de la mayoría consistía en pisar los cadáveres de la minoría?

Apolónides creyó oír todo aquello otra vez, escuchar los aplausos de los presentes y ver sus burlonas sonrisas. No había escuchado las palabras de desaprobación de Aromasia. No pensó en la señorita Rosebud. Sólo recordaba que aquella noche, como muchas otras veces, sí, hasta donde alcanzaba su memoria, no había encontrado ningún apoyo, sino desconfianza, desprecio, burla, rechazo, aversión, repugnancia. Ahora, estas personas le habían dicho abiertamente que debía ser eliminado.

—Sí, quizás resulte verdad. ¡Eso sería lo mejor! —exclamó el infeliz anciano quemado—. Yo no pertenezco a la época en la que vivo. Mi existencia ha llegado con centenares de años de retraso. Tendría que haber vivido en el siglo XIX o XX. Entonces la gente me habría comprendido.

Acababa de llegar al barrio de Rosendal y se inclinó sobre el parapeto de uno de los puentes de aluminio que dirigía el curso del agua, donde una vez se había extendido la superficie de la bahía de Brunnsviken.

A su alrededor y sobre su cabeza, la vida rugía alegremente, tan ruidosa como antes en Davidsonsgatan. Se estremeció ante el ruido. Tembló al oír el sonido de voces humanas.

—¡Qué felices son los despiadados! —murmuró—. No sienten compasión por

la tristeza.

Miró hacia abajo, al agua, donde se reflejaba la luz de miles de viviendas y vehículos aéreos.

—¿Debería ir con mis antepasados? —Apolónides ya no susurraba, sino que lo dijo en voz alta.

—¿Quieres ir con tus antepasados? —dijo una voz detrás del poeta.

Apolónides se sobresaltó y se dio la vuelta. Vio a un anciano, cuya vestimenta no llamaba demasiado la atención. Un hombre que lo miraba con picardía, tal vez con ojos burlones, le pareció al poeta.

Se hizo a un lado para continuar su camino, pero el extraño se le adelantó de una manera no muy amable.

Otro que me quiere desprestigiar, pensó Apolónides. Sin embargo, el anciano permaneció cerca de él y siguió mirándolo con los mismos ojos extraños y la misma picardía o la vaga sonrisa.

—Joven, ¿de verdad pretendes ir con tus antepasados? —preguntó el desconocido.

Apolónides permaneció en silencio y aceleró el paso, pero el extraño le alcanzó y no le quitó los ojos de encima.

—¿Puedo preguntar cuál es tu nombre? —dijo el anciano.

Airado, el poeta se volvió hacia el insistente interrogador. Estuvo a punto de separarse del hombre por la fuerza, pero el cambio de expresión en su rostro le sorprendió. Todavía sonreía, pero ya no había rastro de burla o desprecio. Todo lo contrario. Se trataba de una sonrisa suave y compasiva. Parecía inspirar confianza.

—¿Me he topado con un ser humano de sentimientos tiernos, uno que siente compasión por la tristeza? —se dijo Apolónides a sí mismo. El extraño parecía entender sus pensamientos y escuchar todo lo que decía, aunque no fuera en voz alta.

—Mi nombre es Apolónides —admitió y se detuvo para mirar directamente a los maravillosos ojos del anciano.

—No eres feliz —dijo el anciano.

—Nadie me entiende —saltó el quemado—. Todo el mundo me desprecia.

—¿Deseas morir?

—Me gustaría poder vivir tiempos pasados.

—Sí, he oído que querías encontrar a tus antepasados.

—¿Puedes ayudarme a hacerlo? —exclamó Apolónides. Pensó que, al hablar sobre sus antepasados, había atisbado una verdadera seguridad en la expresión del anciano.

—No, jovencito —respondió el anciano. Sacudió la cabeza y sonrió de nuevo.

Una vez más, Apolónides se apartó del hombre extraño, cuya sonrisa volvía a parecer abominable.

—Cálmate, Apolónides —le consoló el anciano—. En mis ratos libres salgo y busco gente infeliz con el fin de ayudarlos. Es una profesión anticuada, lo sé. Solo la practico cuando necesito un poco de diversión. (seguido) La mayoría de las veces no tengo que caminar mucho para encontrar a alguien sufriendo. Nunca hay mucha gente afligida por el hambre, como sucedió en el pasado, pero los infelices no son menos que en los viejos tiempos. Trato de consolarlos, pero rara vez tengo éxito. La demanda para su felicidad resulta, la mayoría de las veces, de una clase que no puede complacerse. Aún así, hago lo que puedo.

—Realmente pareces un amigo de la humanidad —dijo Apolónides y una vez más se acercó al anciano y le ofreció su mano con confianza.

—Pero un amigo que no puede reunirse con tus antepasados. Yo no tengo la más mínima idea de dónde se encuentran ahora. Sin embargo, conozco a mis propios antepasados. Te confieso que procedo de una familia muy antigua y he descubierto que las primeras ramas de mi árbol genealógico se remontan hasta el final de los tiempos de Laurentian.

»Puedo decirte, señor Apolónides, que tengo una lista entera de fósiles y huesos, que, sin duda, han sido mis antepasados. Han pasado por todas las etapas de la evolución, desde el grado más bajo de vida orgánica hasta las especies de vertebrados, y dentro de ese grupo, hasta las formas superiores de la vida.

—Debe tratarse de una hermosa colección —dijo Apolónides, aunque sentía muy poca simpatía por los antepasados en una forma petrificada.

—La colección resulta muy valiosa —afirmó el anciano—, y me siento orgulloso de ella. Entre los restos de los antepasados más jóvenes, tengo un diente que pertenecía a un marsupial, de los cuales soy descendiente directo.

—Te felicito —dijo el poeta, en un profundo suspiro.

—Tengo recuerdos incluso más extraordinarios —continuó el hombre—. Por ejemplo, en un yacimiento me topé con una concha de ostra firmada por la propia Naturaleza.

—Bueno. ¿Cómo te llamas? —preguntó Apolónides, más por decir algo y no ser mal educado con el amable anciano que por querer saber su nombre.

—Soy Hemispherion.

—¡Hemispherion! —repitió Apolónides, sin pensar en lo que había oído o dicho.

—Ven conmigo a mi laboratorio —dijo el anciano.

—¿Tienes también un laboratorio?

—¡Por supuesto! ¿Quién no tiene un laboratorio o, al menos, una parte de un laboratorio? ¿Eres tan penoso que no tienes uno, Apolónides?

—No tengo nada —dijo el infeliz poeta.

—Ven conmigo —instó Hemispherion—. No está lejos de aquí, en la parte oeste del barrio Lidingö, al comienzo de la calle Lindingsbärgsgatan, uno de los lugares más prósperos de Estocolmo. Cogemos un taxi aéreo en la parada de Källhagen.

Apolónides quería ir en una dirección diferente, pero el anciano parecía empeñado en no dejarlo ir y por fin lo convenció para entrar en un taxi que en pocos minutos los llevó a Lidingsbärgsgatan.

Se bajaron en la azotea de un edificio alto con muchas torres extrañas. Posiblemente habrían sorprendido a Apolónides si este les hubiera prestado atención.

—Este es un lugar de ensayo para las comunicaciones con la Luna —dijo Hemispherion—. No hemos logrado mucho, pero trabajamos día y noche en los nuevos medios de conexión y esperamos ser pronto capaces de enviar mensajes en un tiempo increíblemente corto. En fin, cojamos el ascensor para bajar a mi laboratorio. Ya es noche cerrada, pero quiero trabajar un poco más en mi globo de aire.

—¿Tu globo de aire?

—Sí, ven conmigo y echa un vistazo.

Bajaron al laboratorio de Hemispherion. Se trataba de una habitación enorme en el interior de una torre frente al canal, entre la plaza Storängstorget y Lidingsbärgsgatan. Era todo lo que quedaba de Värtan Lilla, derruido hacía cientos de años.

—Este es el globo del que te hablaba —dijo el anciano y guió a Apolónides a un globo de kresim y alguna otra sustancia transparente que ocupaba gran parte de la amplia habitación.

—¿Para qué sirve el globo? —preguntó Apolónides.

—Para los viajes en el espacio exterior —respondió Hemispherion—, desde la atmósfera terrestre hasta el cuerpo celeste más lejano.

—¿Puede utilizarse este globo con el fin de alejarse de la Tierra para siempre y llegar a otros planetas?

—Por el momento no, porque aún no he tenido tiempo de resolver todos los problemas. Sin embargo, lo más importante es que casi he conseguido adecuar la naturaleza molecular de ciertos compuestos químicos para que dejen de estar sujetos a la gravedad.

»Durante años se ha sabido que la atracción de los cuerpos no puede actuar en el vacío. Es la presión del éter la que acerca a los cuerpos a un centro de gravedad común, donde los átomos etéreos manan desde todas las direcciones. Se trata de hacer este globo terrestre independiente del efecto de estos átomos, de modo que la fuerza de gravedad no pueda influir en él. Creo que casi lo he logrado. Puede que esta noche dé los toques finales a este trabajo.

—Pero, ¿cómo pondrás el globo en movimiento?

—Muy simple. ¿Ves este pequeño mecanismo, que parece tan insignificante? Es todo lo que necesito para conducir el globo hacia el espacio. Ya no necesitamos cañones, pólvora o ninguna de esas cosas para conseguir rapidez. Al abrir este muro de kresimnada impedirá su lanzamiento.

—Parece bastante amplio.

—Tiene espacio para unas pocas personas. Entra y verás lo cómodo que resulta.

Apolónides aceptó la invitación. Dentro se sintió como en casa; tan bien, que el anfitrión tuvo que recordarle que saliera.

—Ponte cómodo esta noche —dijo el anciano con amabilidad—. Eres infeliz y necesitas consuelo. Podemos hablar mientras estoy trabajando. No me molesta conversar, ni siquiera mientras realizo los cálculos más importantes y difíciles.

Apolónides escuchaba con muy poca atención lo que decía el anciano. Miró con ojos tristes el maravilloso globo.

—¡Toma un psicokinet! —dijo Hemispherion.

En el pasado se habría dicho: *¡Toma un cigarrillo!* o *¿Quieres beber algo?*

—Toma un psicokinet —repitió Hemispherion y señaló varios cerebros de diferentes tamaños en el laboratorio—. A menudo me entretengo con alguno de ellos en medio del trabajo duro.

—No, gracias —contestó Apolónides. No le apetecía nada. Se dejó caer en una de las hamacas de la habitación y trató de escuchar lo que decía Hemispherion. Respondió distraídamente y con palabras incoherentes y, al final, se quedó dormido.

Soñó que viajaba por el universo a una velocidad increíble, corriendo de planeta en planeta, viendo un sol tras otro sin parar, sin disminuir la velocidad, siempre deseando llegar más lejos. Miró hacia atrás y vio a Oxígeno con sus ras-

gos distorsionados corriendo detrás de él. De repente, parecía acercarse al sol central de los soles centrales y una luz resplandeciente brillaba a su encuentro.

Se despertó, se levantó de la hamaca y miró con asombro al enorme globo, que brillaba con una luz deslumbrante. En el interior se veía a Hemispherion paseando de un lado a otro del globo.

Apolónides se sentó en el borde de la hamaca para ordenar sus pensamientos. Todavía no estaba seguro de si había visto el sol central de los soles centrales o el mundo de Hemispherion.

De repente, la fuerte luz se apagó.

—¡Hecho! —le pareció que exclamaba el anciano. Apolónides lo vio iluminado por una pequeña lámpara y rodeado por los rayos de luna que fluían a través de las paredes de kresim. El anciano se alejó con la cabeza erguida triunfalmente por la habitación y desapareció por una de las salidas.

Hemispherion parecía haberse olvidado de Apolónides. La gran sala se iluminaba ahora sólo por la luz de luna, pero era tan abundante que cada objeto resultaba visible.

Apolónides caminó hasta la pared de enfrente de la pequeña corriente de agua y miró hacia abajo, a la profundidad. Los movimientos en la ciudad habían llegado a un punto muerto. El ruido había cesado por un par de horas. Se trataba de las últimas horas de la noche.

El quemado pensó en la triste vida en la Tierra, en el cruel materialista Oxígeno, en el desprecio que había encontrado por todas partes, en la insoportable amargura que la vida le había ofrecido.

Se apartó del mundo que se encontraba bajo él, de la ciudad que dormía y sus ojos se posaron en el gran globo de viaje que brillaba tentadoramente con la luz de luna.

—¡Hecho! —Había exclamado el anciano. ¿O lo había soñado Apolónides?

Entró en el globo y lo examinó de cerca.

—Unos pocos toqueteos por aquí y el globo se lanzará al espacio —dijo.

»¡Puedo ser libre, quiero ser libre! ¡Lejos de la Tierra! ¡Lejos de la vieja rutina de la órbita terrestre, de la desgastada ruta alrededor del Sol! ¡Quiero ver otros mundos de otros sistemas solares, quiero viajar como nunca nadie ha viajado antes!

»El espíritu glorioso de la poesía guiará mi viaje. Voy a componer canciones inmortales durante este viaje, pero ninguno de los crueles habitantes de la Tierra las oírán. Las llevaré al cuerpo celeste en el que al final me detendré... Ya que no puedo ir con mis antepasados, ¡dame tú la bienvenida, nada inconmensurable!

Voy a abandonar la vida como nunca nadie lo ha hecho.

Con este gran sentimiento de felicidad, Apolónides se apresuró hacia el globo con el fin de iniciar el mecanismo de lanzamiento y luego rápidamente abalanzarse al interior para comenzar su viaje. Sin embargo, se colocó en el lado equivocado del mecanismo de arranque. Resultó fácil ponerlo en marcha. Tuvo el efecto calculado sobre el gran globo y lo proyectó con una rapidez espantosa a través de la gran pared de kresim, que se rompió en pedazos. En ese momento, Apolónides, que no había podido entrar en el globo, fue arrojado de cabeza por el precipicio.

Al oír el ruido producido por el lanzamiento del globo, Hemspherion se apresuró a regresar a su laboratorio y contempló con espanto que el globo no se encontraba allí, así como el terrible desastre que su despegue había causado.

Incluso aparecieron el resto de inquilinos de la estación de ensayo. Se escuchaban horribles lamentos sobre el destrozo de la obra del genio de Hemspherion.

—En realidad no se ha destruido —exclamó el anciano—, pero se ha lanzado por sí solo al espacio. Esa no era mi intención. Ni planetas ni soles atraerán a mi globo fuera de su órbita. Ahora se encuentra recorriendo una trayectoria recta e interminable, a través de todo el territorio de nuestro sistema solar y llegará a otros soles, lejos, muy lejos, pasará las brumosas estrellas, muy lejos en el infinito.

—Pero, ¿qué hizo que el globo despegara?

—Oh, echo de menos a mi pobre invitado, el poeta infeliz. No hay duda de que él ha provocado este prematuro despegue. ¿Tal vez viajará en el globo?

Hemspherion apenas había pronunciado la pregunta cuando un hombre se acercó y le dijo que una persona, que parecía haber caído desde la torre, había sido encontrada aplastada y sin vida en la base de altura de la calle Lindingsbärgsgatan.

Se trataba de Apolónides.

—¡Pobre muchacho! —dijo el anciano—. Ansiaba conocer a sus antepasados, pero yo había pensado en invitarle a un viaje a través del universo. Mi gran globo tiene espacio para dos. Parece que no podía esperar. Me había olvidado de él. Mi trabajo había ocupado mi mente por completo. Posiblemente Apolónides intentó viajar sin un acompañante. Después de todo, parece que el globo no despegó por sí mismo.

—El globo ya no está. ¡Qué pérdida! —exclamaron los demás empleados de la estación.

—Sí, la pérdida del globo no es una nimiedad —admitió Hemspherion—, pero he resuelto el problema más difícil. Conozco la manera de evitar la atracción de

organismos terrestres y puedo crear otro globo, uno mejor.

—Tal vez uno más rápido.

—Eso es exactamente lo que espero hacer y trabajaré en ello. No es del todo imposible que pueda terminarlo en poco tiempo. Resultará tan rápido que podrá alcanzar al primero. Resultará divertido.

—El buen humor y la confianza dan siempre buen resultado.

—¿Por qué no iba a estar de buen humor? Pero ahora, damas y caballeros, de vuelta al trabajo.

—¿Y qué hacemos con el cadáver? ¿Lo enviamos a incinerar?

—Oh, me había olvidado otra vez. No, no vamos a incinerar el cadáver. Envíalo al doctor Ärencell para que pueda realizar importantes observaciones científicas acerca del cerebro del pobre poeta. Se trataba de un cerebro desarrollado a la antigua, anticuado. Estos cerebros resultan hoy en día muy raros y la ciencia se alegrará de contar con uno. En estos momentos eso es todo lo que podemos hacer por el pobre poeta anticuado. Yo habría querido consolarlo en vida, pero ahora debo pensar en el trabajo y en mi importante tarea.

(Continuará...)

© *Claës Lundin*

© *de la traducción: Alicia Maseda Martin.*

Hace cien años, CLAËS LUNDIN (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gotenburgo. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *Oxígeno y Aromasia*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft (Imágenes del futuro)*, del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán KURD LASSWITZ (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace: <http://runeberg.org/oxygen/>

CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS

SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

por Javier Cosnava

Ha llegado el final del camino para Bakenkhonsu. Su intriga largamente planeada ha dado sus frutos y Pleamar alcanzará las mayores dignidades. Pero la victoria es amarga y el príncipe descubre que tiene las manos tan manchadas de sangre que tendrá que dar explicaciones a los dioses por toda la eternidad. Luego de este capítulo una nueva historia comienza: ¿qué será de Bakenkhonsu y del trono del Doble País ahora y en futuro? Ni siquiera el príncipe lo sabe.

CAPÍTULO 6.3: JARDÍN BULBOSO. MACIZOS.

8

Hubiese querido transformarse en un toro poderoso, un hombre fuerte y salvaje que pudiese dominar aquella situación. Pero él no era más que un pequeño y apocado propietario que trataba de salvar la vida.

—¡No! ¡No, por favor! Dejadme, os lo pido.

El noble de Abedju se zafó de su agresor rodando por el suelo, se dio la vuelta, se puso de rodillas y se arrastró unos Codos con la pierna izquierda aún trabada por su enemigo. Sacando fuerzas de la desesperación y del miedo, encogió la otra extremidad y la descargó con violencia hacia atrás. Se oyó un grito estrangulado y luego sólo quedó el recuerdo del golpe sordo... y un cuerpo cayendo.

—¡Por el enorme falo de Min!

Cojeando (le ardía el tobillo como si se abrasase), escapó de su despacho, donde su agresor había venido a atacarle. En la oscuridad no le había visto la cara, ni... En realidad, había intuido alguna cosa mientras leía un informe de su administrador y se había revuelto, justo a tiempo para evitar el abrazo del intruso.

—Poderoso Min, soy tu siervo, en ti confío... —balbuceaba, presa del terror.

Siguió avanzando. Era el día libre de su sirvienta personal y su asistente había marchado a no sé dónde con un encargo urgente de su caprichosa mujer, la gran dama Remolino. Qué contrariedad, no podía llamar a nadie. Aquel no era su día.

—Poderoso Min, ayúdame, te lo ruego.

Decidió descender a la planta inferior y llegarse hasta los almacenes y las tierras de cultivo. Allí encontraría a los aparceros y todos juntos retendrían al ladrón hasta que apareciese la autoridad.

—Pero...

Resbaló y cayó de costado. Una sensación punzante en la base de la espalda. Poderoso Min, aquel no era su día. Miró al suelo, cubierto de cáscaras de dátiles. Lo extraño es que no se hubiera matado rodando escaleras abajo. ¿Quién habría dejado todas aquellas...?

—Buenas tardes, mi señor. Lo lamento, pero debo aconsejaros regresar a vuestro despacho. Allí os esperan para concluir con lo pactado —dijo aquella figura aparecida de la nada.

El noble de Abedju había olvidado de pronto todos sus dolores y ahora no era más que una masa de carne acurrucada sobre sí misma, temblando febril.

—Vos sois... vos... Poderoso Min... sois...

Un ente translúcido, de lindes cambiantes, sinuosos como volutas, vestido de blanco y con el signo Maat pintado en la frente.

—Un espectro, sí, mi señor, pero esa no debería ser la mayor de vuestras inquietudes.

Siptah cogió al infeliz en volandas y lo llevó de vuelta a sus habitaciones, donde el Puro Kemit yacía desmayado con la nariz rota, el rostro ensangrentado.

—¡Despierta, bestia estúpida del desierto! ¡Vamos! —aulló el espectro.

El Kemit abrió los ojos súbitamente, como si regresara de un mal sueño. Miró a Siptah de mala gana y se incorporó mientras se palpaba las facciones, aún confuso.

—Ese puerco mestizo de Abedju, nunca pensé que tuviera tanta fuerza. ¿Dónde está?

El noble señor de la casa temblaba en un extremo del despacho, hecho un ovillo, murmurando una letanía para ahuyentar a los malos espíritus.

—Yo te conmino, espectro de ultratumba, en nombre de la piel de Sobek...

Siptah se había vuelto de espaldas tapándose sus fantasmales oídos.

—¿No puedes hacer que se calle?

—¿Te molestan esos conjuros, viejo mago del demonio? No sabían que hiciesen efecto.

—Y no lo hacen. Sólo son molestos, como un dolor de estómago.

La espada era uno de los sables amplificadores que usaba en el combate

cuerpo a cuerpo la infantería Meshaw. Adornaba una pared del despacho, atrayendo hacia sí toda la atención. El Kemit la cogió de su soporte sujetándola con ambas manos. Tenía un buen peso.

—¡Por la gloria del poderoso Min! Puro traidor, te he tenido en mi casa todos estos años y así me lo pagas.

El noble de Abedju, hasta ese momento aterrado e inmóvil, intuyó por fin cuál era su destino y echó a correr hacia la puerta soltando improperios. El Kemit detuvo su carrera con un veloz mandoble. Ahora fue el cuerpo del amo el que cayó al suelo con un golpe sordo, partido en dos.

—Pobre estúpido y puerco mestizo.

—Pobre hombre —concedió el mago.

El líquido para bruñir el metal y un paño. El Kemit los había traído consigo, según las instrucciones de su ama. Todos conocían la pasión del señor de la casa por aquella espada. Era un ser tan torpe que halló la muerte mientras limpiaba la hoja. Se le resbaló y...

El Kemit se alejó pensando en aquella Tierra Mestiza donde todos los crímenes quedaban impunes, porque todo el mundo tenía la mala entraña para segar la vida del vecino pero no el valor para adelantarse y proclamar su falta. También le pasó por la cabeza que, tras muchos años de servicio, y luego de este último, quizás debiera comprar su libertad y instalarse por su cuenta, tal vez incluso regresar a su lugar, al Desierto Occidental, donde podría pagarse la vida de un rey.

Siptah se volvió hacia su sótano, del que no salía hacía años, pensando en la viudedad recién estrenada de su nieta y en por qué la habría requerido con tanto apremio. Podrían haberse librado del señor de la casa con métodos mucho menos drásticos, incluso una separación no le hubiera sido tan gravosa ni desfavorable. Pero Siptah sabía que su nieta no estaba dispuesta a renunciar ni a un Deben de lo que había amasado en aquellos años. Una vez cogía algo con sus manos, no lo soltaría hasta la muerte.

—Y tal vez ni la muerte sea impedimento para un alma lo bastante pérfida —dijo en voz alta, ya a solas frente a la falsa puerta, por la que iba y venía del otro mundo. A él, sus crímenes le habían valido una eternidad para ahondar en razonamientos como aquél. Un pasatiempo estéril, pero no tenía nada mejor en qué emplear el tiempo. Los asuntos de los Reyes, los Nlòplales, el estanque... hacía años que, tras hondas reflexiones, decidió que ya le habían causado suficientes problemas.

Echó la mano a su talego. Una chuleta de buey poco hecha, sangrante, como a él le gustaba; unas legumbres, unos dátiles de postre.

Se sentó a reflexionar.

La muerte era algo ociosa y monótona, pero no estaba tan mal.

9

La algarabía, los gritos de los borrachos, exclamaciones de gozo y de lujuria, atravesaban los muros de palacio como si fueran hojas de papiro.

El Heredero Menkhep escuchaba desde su habitación las risas de los celebrantes. Los oboes, las cítaras y las arpas tañían desde la planta superior sonos melódicos que, como intrusos, desvelaban su sueño infantil.

Veremos qué pasa, decidió.

No le fue difícil eludir la vigilancia de su nueva nodriza que, como siempre, roncaba ignorante de todo lo que pasaba a su alrededor. Su hermana le hizo un gesto desde su camita. Menkhep le pidió que guardara silencio y Galaxia le dedicó una sonrisa maliciosa.

Cuéntamelo todo cuando vuelvas, decía la sonrisa de Galaxia.

Traspuso el umbral y alzó la vista: una lámpara de pie iluminaba el pasillo. Muy bien. Otro corredor, una segunda puerta y alcanzó la cámara central. Un guardia firme junto al rellano de escaleras. Aguardó un momento, dubitativo. No le había visto, si no estaría llamando a gritos a su nodriza, como tantas otras veces. Pasó a gatas hasta un banco de descanso dispuesto junto a la pared y se ocultó tras un ánfora que alguien habría dejado descuidada. La música cesó de pronto. ¿Le habrían descubierto? No, una nueva melodía llenó el aire de dulzura. ¡Ay, si pudiese estar ahora arriba disfrutando de todas esas cosas prohibidas que sólo son para los mayores!, clamaba su corazón.

—He venido —dijo una voz femenina.

Una sirvienta apareció del ala posterior de palacio y se situó frente al guardia. El tono de su voz le resultó extraño, no lo terminó de interpretar y ello encendió su infatigable curiosidad. Por un momento tuvo que luchar contra un doble deseo: quedarse o subir a la fiesta. ¡Pero la música era tan hermosa!

—Pensé que ya no lo harías, mi amor. Ven a mis brazos —dijo el guardia. Otra vez ese tono de voz.

Pasó junto a ambos sin el menor problema. Una jauría de Loo salvajes podría haber pasado con él y nadie lo habría notado. Tras otros dos tramos de escalera apareció un alto dintel y allí se quedó hasta que terminó la segunda melodía. ¡Qué hermosa! Sin saber cómo se encontró ante el último corredor y por fin apareció la sala donde tenía lugar la celebración.

—¡Otra, otra! —gritaba la muchedumbre a un arpista ciego, el músico de moda en todo el país.

¡Un momento! Aquel hombre junto a la columna en forma de loto... ¿No era Bakenkhonsu, su tío? A su lado, tan borracho como el primero, ¿el gran Precesin, el señor de la SoGen, haciendo girar esos ojos de mil caras que dan tanto miedo? Un corrillo de mujeres desconocidas tragaba pastillas engordantes en primera línea, pegaditas al músico, y le impedían ver con más claridad. Éste comenzó a desgranar notas que hablaban de seres queridos que no regresarían jamás. De pronto se puso a pensar cuál sería la causa de aquel convite y su corazón la encontró: *mi padre ha muerto y ello es motivo de celebración*. Seguro que la Reina, su malvada madrastra, habría inventado alguna otra excusa. Porque ella era mala. Mas los razonamientos de los niños son tan inestables como el fluir de las aguas en la tormenta, y cuando empezó la siguiente melodía ya lo había olvidado todo. Suspiró. El resto de los invitados quedaba cubierto tras la poderosa columna central a su derecha y, a su izquierda, por el marco de la puerta.

—Entiendo a la Reina; quedarse viuda tan joven es una desgracia terrible que nos alcanza a tantas de nosotras... afligidas, tumbadas en nuestros divanes, sumidas en el llanto. Ese no es destino para una mujer de bien. Hay que sobreponerse.

Miró a la mujer que había hablado. Estaba muy cerca, pero el maldito marco le impedía... Se acercó un poco más. Remolino. La conocía. Era compañía habitual de Pleamar en recepciones y homenajes y aún más en la vida privada. Al niño Menkhep no le gustaba. También era mala.

—Pero vos, amiga mía, me han dicho que ya os estáis sobreponiendo y habéis dejado atrás el llanto. Un llanto que os habrá durado a lo sumo un Décimo. He oído que Vértice os ha visitado todos los días de este mes que termina y que pasa largas tardes en vuestra compañía... Y largas noches.

Hablaba con otra mujer, una que llevaba un cono de perfume sobre la cabeza. No la conocía. Parecían hermanas. Largas pelucas negras lacias con dos grandes trenzas cayendo sobre sus pechos desnudos. Túnica blanca transparente del lino más puro y el nuevo implante branquial que a muchos les colgaba del cuello. Había oído decir que aquella cosa les permitía comunicarse los unos con los otros a un nivel más personal que a través de la palabra gracias a unas ondas mágicas llamadas Srore. Menkhep pensaba que era otra de las mentiras de los adultos.

—Oh, sois malvada. Prestar oídos a esos chismes sobre mi relación con el noble Vértice —dijo entonces la dama Remolino.

—¿Son sólo chismes?

—Oh, desde luego, ¿por quién me tomáis?

Luego de un rato observándolas Menkhep, se dio cuenta que, físicamente, no se parecían en nada. Pero vestían de forma tan similar que los sentidos se engañaban fácilmente. Eso era la moda, su nodriza se lo había explicado. Pero él era

listo y los mayores no conseguirían engañarle mucho tiempo ni aunque se disfrazasen.

—¿Pavo, señoras?

Estuvo a punto de gritar y reptó asustado hacia atrás hasta dar con su espalda en la pared. El robot camarero casi le había pisado con su enorme pie de metal. Le miró. Era un androide. Faldellín corto a la altura de las rodillas, rapado al cero, sostenía una bandeja con dos aves y su guarnición. A Menkhep le crujieron las tripas. Las dos amigas ignoraron a la figura carmesí como si no existiese y siguieron parloteando de hombres. Cuando el camarero desapareció de escena, la amiga de Remolino acudió al corrillo de mujeres que coreaban al arpista.

—¿Dónde vas?

—Por tu Ka, amiga mía, no me reprendas. La música me llama.

Remolino se quedó sola. Iba a abrir la boca para quejarse pero su rostro mudó de expresión en un instante. Sus ojos brillaban como estrellas del firmamento, sus labios se humedecieron como la tierra en la Inundación, sus piernas temblaban como matorrales al viento. Al Heredero le encantaba observar a los mayores.

—Noble Vértice, qué gran honor —dijo mirando al recién llegado.

Uno de esos Loo gigantescos. Otro hermafrodita del sur capturado en alguna campaña.

—El honor es mío, mi bella señora. Máxime porque necesitaba un poco de diversión después de todas estas jornadas de trabajo.

—Sí, es cierto. Me han dicho que la SoGen os ha elegido para un cohete de pruebas. Que vais a ser el primero en orbitar nuestro planeta con una nave experimental.

—No tan experimental —razonó el Loo—. Todo está calculado. El único peligro, acaso, es la reentrada, más que el viaje. Existe posibilidad de que fallen los retropropulsores y la cápsula rebote, quedando para siempre en una órbita más alta, fuera de alcance y de toda posibilidad de rescate. Entonces no volveríamos a vernos, noble Remolino.

—Oh, dioses, no digáis esas cosas. ¡No podría soportarlo! —La joven se volvió y señaló hacia el exterior—. Pero, querido, hace una noche estupenda. ¿Os apetece un paseo? Podríais seguir hablándome de vuestro entrenamiento y mientras me enseñáis vuestros progresos yo os podría enseñar... mis progresos en otros ámbitos.

Ambos rieron.

—¡Cómo no! —repuso Vértice, ofreciendo galante el brazo a su dama.

Ahora quien se quedó solo fue Menkhep. En un rincón, sin que nada ni nadie

que le ocultase, Menkhep comprendió que hasta aquellos borrachos le verían sin esfuerzo. Se arrastró de cuclillas hasta una mesa baja que soportaba una piramidal bandeja de frutas, parte de cuyo contenido le fue hurtado por una mano infantil y traviesa. A su lado, el camarero montaba guardia con su pavo esperando que la muchedumbre reparase en él. Pero todos seguían dándole la espalda, con la atención puesta en el viejo arpista.

—El hombre es barro y dios es su hacedor —canturreaba—. Nuestros actos son vanos y nuestros pensamientos se pierden en el polvo.

Gateando otro poco más llegó al final de la estancia, donde Bakenkhonsu y Neheb dormían la borrachera separados el uno del otro por otra mesa y su correspondiente bandeja de frutas, que también fue purgada convenientemente.

—Tío Bakenkhonsu...

—Arghh, humm.

—¡Tío!

—Juurrh, eehh.

Suspiró de nuevo, enfurruñado. Había llegado tarde. Ya no había gran cosa que fisgar. No estaba la reina Pleamar, tampoco su prima Nebulosa, ni la mayor parte de los Amigos y los grandes del Doble País. Ya debían haberse retirado a sus estancias.

—La existencia es breve, dios es infinito —apostillaban esta vez los cánticos.

No sabía qué dirección tomar. Hacia atrás, donde la muchedumbre y el arpista... mejor no intentarlo. Mucha gente y ninguna salida. Le verían enseguida. Delante suyo, una primera puerta debía llevar a las cocinas, pues de ellas entraban y salían sin cesar sirvientes con bebida y comida. De hecho, en ese instante se percató que, con buen criterio, habían dejado de salir con viandas y sólo servían ya vinos y cerveza. La segunda puerta llevaba a la terraza. Se decidió por ésta, finalmente.

—Vivamos el momento. Mañana, los dioses nos habrán abandonado —cantaban a su espalda los celebrantes.

¡Qué frío!, pensó. Y luego vio el tablero de Senet. Una banqueta en cada extremo, fichas caídas a los lados, signos de una batalla que llegó a su fin. Probablemente su tío Bakenkhonsu habría derrotado a algún engreído príncipe extranjero que no había oído hablar de su destreza. Su tío Bakenkhonsu era bueno. Le había prometido que le enseñaría a jugar. Bostezó. No había nadie más en la terraza. Nadie excepto el frío, el tablero de Senet y las dos banquetas. Había llegado tarde.

—Amón misericordioso...

La voz venía de debajo, de alguna de las avenidas con almacenes y viviendas de la servidumbre. Se asomó pero no vio a nadie. Contempló los jardines y, más allá, el Gran Río y el barrio Oriental de Ity-tawy. ¡Qué bella noche!

Bostezó de nuevo. Ya no tenía ganas de jugar. Aquella aventura había resultado de lo más aburrida. Desde la terraza al interior avanzó de pie y sin cuidado, que lo cogiesen si querían: él ya había terminado. Pero se perdió entre comensales, borrachos, músicos y sirvientes y salió por la puerta ignorado por todos. Afuera, estuvo a punto de tropezar con una de las lámparas de pie que iluminaban cada corredor.

—Los mayores son tontos.

Siguió su camino, bajó los tres tramos de escaleras, superó sin prisas, aún curioso, al guardia y la sirvienta, ahora sentados en el banco abrazados y besándose, y regresó a su habitación sin despertar a su nodriza. Habló un rato con su hermana de lo que había descubierto y Galaxia se durmió escuchando sus aburridas explicaciones. Decidió imitar su ejemplo. Definitivamente, no tenía suerte. Se perdía todas las cosas interesantes que hacían los mayores. Pero pronto sería mayor y le enseñarían a jugar al Senet.

—Pronto —musitó mientras se sumergía en el mundo de los sueños.

La nodriza se despertó de madrugada. ¿Qué había sido ese ruido? Miró a derecha y a izquierda. Todo estaba en calma. Era una tonta por preocuparse. El Heredero, a pesar de todas las advertencias que le habían hecho, era un alma cándida e inocente, incapaz de la menor maldad o travesura. Se levantó adormilada para arropar a Menkhep y a Galaxia.

Un alma cándida e inocente.

Se volvió a su lecho y soñó que la echaban de su servicio en palacio y era reemplazada por una nueva nodriza que a su vez era reemplazada por otra que no tardaba en ser reemplazada; y se formaba una cola de millones que daba treinta vueltas al Palacio de Ity-tawy. Medio dormida, medio despierta, se prometió recordar su visión y visitar al día siguiente a un intérprete de sueños.

No fuera que algún suceso nefasto se escondiese tras aquella revelación.

10

En el centro de Ity-tawy su hija tenía una pequeña pensión. No era gran cosa, pero habían pagado hasta el último Deben y ahora les pertenecía. Parábola tenía una habitación en la planta baja; aunque no siempre podía visitarla, su hija la mantenía limpia y ordenada para su uso. Los días que no tenía servicio acudía

allí y se reunía con ella. Hoy, sin embargo, había dispuesto que no la molestaran. Esperaba una visita. Se sentó a la mesa y cruzó las piernas. No tuvo que esperar demasiado.

—Soy lo bastante anciana para ser vuestra madre, príncipe. Tened algo de respeto y abandonad las sombras.

Primero se mantuvo la tensión. Un instante sólo. La respiración largo tiempo contenida, unos pasos deliberadamente silenciados, una daga que centellea bajo el reflejo de su lámpara de aceite, y todo regresó a la normalidad. Bakenkhonsu se irguió con la pesadez de un hombre con los huesos roídos por el tiempo y los músculos cansados de batallar.

—¿No estáis un poco mayor, vos también, para estos desmanes?

El gordo resopló y tomó asiento junto a ella. Parábola no pudo menos que observar que aún no la había mirado a los ojos.

—Sí, seguramente.

La vieja nodriza estiró su mano y removió el contenido de un viejo cofre que guardaba junto a su taburete. Bakenkhonsu no supo disimular su sorpresa. Apareció un viejo tablero de Senet, uno de los antiguos: superficie de enebro, figuras labradas por manos expertas, desgastadas por el tiempo, casi vivas.

—¿Queréis jugar? He oído que no hay nadie que pueda haceros frente dignamente. Tal vez no pongáis inconveniente a que una pobre vieja quiera intentarlo.

—Parábola, yo...

—No quiero pasar a la otra orilla. No aún. Hasta la muerte da al condenado la oportunidad de continuar si es capaz de ganar al Senet. ¿No lo haréis vos? ¿Acaso sois más poderoso que la muerte?

Bakenkhonsu, serio hasta ese instante, se echó a reír.

—Eso es sólo palabrería, amiga mía. No conseguiréis hacer mella en mí apelando a las viejas tradiciones. Ni a nada, a decir verdad. ¿Ignoráis que fue la gran Constelación la que me enseñó a despreciar las reglas? No, no lo habéis olvidado. A su lado sois una aprendiz y hoy, si la bruja viviera, ni ella sería capaz de engañarme de nuevo. Ni a favor de su cruzada ni en contra si ya estuviera en ella.

El tablero regresó al arcón, que volvió a cerrarse tras engullir a su invitado. La vieja nodriza se abismó en una expresión sombría.

—Ajep tomó el contenido de la redoma por propia voluntad. Yo no le maté, si es eso lo que teméis.

—¿Si? ¿Es eso cierto? El pequeño retoño de Marea fue siempre un estúpido. Si hubiera tenido un poco más de la sangre del gran Hapu y hubiese plantado cara a Pleamar... ¡Ah! Entonces las cosas serían ahora muy distintas. Ni cien como

yo hubieran podido dar muerte a todos los que habrían salido a defender sus derechos como hombre y como Rey.

—Pero no lo hizo porque era un estúpido, eso pensáis.

—Sí, y de la peor clase. Porque una vez legitimado su poder podría haberse dedicado al ensayo y la lectura si eso es lo que le complacía, dejando el gobierno en manos más capaces y más interesadas.

—Como las vuestras.

—¿Por qué no? —Bakenkhonsu removió la cabeza—. Sí, no me da pena. La pequeña Pleamar comenzó siendo la causa y hoy sólo es la mejor baza de la que dispongo, el peón que bloquea la Trampa de Agua, si me permitís que me exprese en el argot del Senet.

La daga volvió a relucir lejos de su funda, pero ahora oculta tras la manga de una camisa del lino más suave y exquisito.

—¿Es eso la vida para ti? ¿Otra partida de Senet? Y mi pequeña Pleamar, ¿un peón más del juego?

—Sin ella retrocedería al medio del tablero y ya estoy viejo para empezar otra vez. E igualmente viejo para dejar cabos sueltos que puedan entorpecer mi camino hacia la meta.

—Ya os dije que no tuve nada que ver con su muerte, no soy un obstáculo, nada puedo decir que os incrim...

—¿Y quién habla ahora de ese imbécil? Sabéis demasiado. Eso es suficiente.

La vieja nodriza no dejó que la rabia le ganase, aquel ser no se lo merecía.

—Sois un monstruo, príncipe Bakenkhonsu.

—No voy a ponerlo en duda. Hace mucho que me vi reflejado en las aguas del estanque. ¿Sabes, Parábola? No me gustó lo que vi y comencé a odiar todas esas mentiras, todas esas muertes indignas, inútiles, todo en lo que esa pérfida bruja y Señora del Cielo convertía aquello que tocaba. También me transformó a mí. Durante años enteros se removieron en mi conciencia las almas de todos esos infelices que envié a una mejor vida. Pero luego pensé: si yo mismo no soy capaz de perdonarme, ¿lo harán los dioses? No, ¿verdad? Y si me espera la extinción eterna o el Lago de Fuego, mejor será que acabe mi tarea. ¿Perderías tu alma por algo que ni siquiera pudiste terminar?

—¡Eres peor que una hiena! Matas sin razón y sin hambre. Sólo porque...

Bakenkhonsu asió aún con más fuerza su puñal. Esperó un instante y empezó a mover la mano. Pero Parábola había sobrevivido a muchas celadas. Algo la impulsó a levantarse y a alejarse de él.

—Podría gritar. Esta finca hospeda a más de treinta inquilinos. —Tragó saliva—. Podría gritar —repitió.

—Podriais. Y yo podría negarlo todo.

—Pleamar me creería. Os despedazará cuando sepa que asesinasteis a su padre.

Bakenkhonsu enarcó una ceja. ¿Cómo sabía...? Ah, se lo había dicho él mismo. Era un estúpido. Se hacía viejo aún más rápido de lo que imaginaba. Y aquello le daba una razón adicional para librar el tablero de peones que pudieran estorbarle en su carrera.

—Si, eso. Un error infantil, ¿no creéis? —Bakenkhonsu respiró hondo y se dejó caer de nuevo en su silla. Sonrió en una horrible mueca de ira y, a la vez, de profundo agotamiento—. Estabas preparada para mi llegada. Habías previsto que esto sucedería. Así que supongo que has pensado en un acuerdo... que nos satisfaga a ambos.

—Ahora habláis con cordura, príncipe.

Parábola buscó una banqueta al otro lado de la habitación. Tomó asiento frente a su rival, lo más lejos que le fue posible, casi a tocar de la pared. Al cabo, volvió a tomar la palabra:

—Mi servicio en el Doble Palacio se remonta a los primeros años del Gran Jiserkare. Son muchos ya; Pleamar no me negará que me retire a este pequeño negocio con mi hija mayor. Lejos de Ity-tawy, no volveréis a saber nada de mí.

—Un plan pobre. Siempre significaríais un peligro potencial.

—Mejor potencial que inmediato.

La serpiente Neheb entró en completo silencio en la habitación. Diríase que se arrastraba fiel a su condición, a ras del suelo, siguiendo la línea de la pared a su derecha y luego girando a la izquierda hacia su víctima, sin que ella sospechase nada en absoluto. El asesino se colocó a su espalda y estiró una cuerda gruesa de cáñamo que llevaba al cinto.

—Dejadme pensar, vieja amiga.

—No dispongo de mucho tiempo. He de regresar a palacio.

Algo en los ojos del príncipe alertó a Parábola. Miraba tras ella. ¿Quizás hubiera otro hombre, un sicario, junto a él? Eso no lo había previsto. ¿O era solo un truco y mientras ella se volvía el gordo se abalanzaría...?

—No la hagáis sufrir innecesariamente. —¿El monstruo Bakenkhonsu intercedía por ella? No lo creía. Pero de pronto, una presión en su cuello, una sensación indefinible, como si sus entrañas fueran a estallar en pedazos. Luchó, pero

no pudo frenar la mano de su asesino. Nadie puede eludir su destino. Su último pensamiento fue para Ajep, para Pleamar, para ambos. Si pudiera, habría soltado una carcajada.

Pero la serpiente no había acabado.

—Quizás debería acabar también con vos, que ya no servís para nada. Quizá sea Bakenkhonsu el peligro potencial del que hablabais.

—Mi Señor Neheb... gracias a mí seguís al lado de Pleamar y gracias a mí ella gobierna sin intrusión ni peligro alguno. Deberías agradecerme que... — Bakenkhonsu, mientras hablaba atropelladamente, se preguntó dónde había quedado el hombre que se había enfrentado al Mayordomo y a la Reina sólo unos meses atrás. Súbitamente, se había vuelto viejo, había perdido las fuerzas. Luego de matar a Ajep el peso de sus acciones había venido a su encuentro. En el momento de la victoria, cuando por fin su niña Pleamar reinaba a sus anchas, su paladar había perdido la capacidad de degustar la victoria. O, tal vez, cumplido su designio, era como si su vida hubiera perdido toda razón de ser.

—¡Calla! —aulló Neheb, sacándole de sus cavilaciones—. Yo no le debo nada a nadie; ni a ti, ni a Pleamar, ni a la vieja Constelación, ni a los propios dioses.

Bakenkhonsu miró en derredor y comenzó a lanzar las cosas al suelo. Volcó la mesa y su contenido y se acercó a un banco al fondo de la estancia.

—¿Qué haces, estúpido?

—Haremos que parezca un robo. Parábola se resistió y...

—Prende fuego a la casa.

Bakenkhonsu le miró asombrado.

—Mi Señor, si el cuerpo arde su muerte será indigna y nefasta y no podrá traspasar las puertas del Bello Occidente.

—Ello me causa una profunda tristeza, pero acaso así no tendrás otro difunto que atestigüe en tu contra en el tribunal de los cuarenta y dos asesores —El Mayordomo Real acarició su implante branquial y le miró con renovado desprecio.

—Pero morirán otros muchos. La pensión está llena y...

—Que mueran, Bakenkhonsu. No deberían haber nacido si iban estar en lugar tan inadecuado y en momento tan poco propicio.

La serpiente Neheb le dejó a solas poner la última piedra a su condenación eterna. Bakenkhonsu fue hasta el arcón para rescatar el tablero de Senet. Lo miró con cuidado y fue a depositarlo junto al cadáver. Mientras encendía la pira con la madera astillada de sillas, taburetes y mesas, se quedó pensando que si

por azar algún día volvía a verse reflejado en el estanque, probablemente ya no sabría reconocerse.

(Continuará...)

© Javier Cosnava

JAVIER COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), escritor y guionista. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante TONI CARBOS y suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína* (Ed. Dibbuku). Otras obras de COSNAVA son el álbum de cómic: *Un buen hombre* (Ed. Glenat, 2009); su primera novela: *De los demonios de la mente* (Ilarion, 2009); el álbum de cómic *Prisionero en Mauthausen*, (Ed. De Ponent, 2011); la novela de corte fantástico: *Diario de una adolescente del Futuro* (Ilarion, 2010). Y recientemente la novela *1936Z La Guerra Civil Zombi* en Suma de Letras, que es un éxito rotundo.



POESÍAS

EVOLUCIÓN

por María del Pilar Jorge

La sorprendente poesía de María del Pilar Jorge amalgama el dolor y el sentimiento, el metal y la sangre, la angustia y el perfume y luego la poesía se diluye dulcemente en otro espacio del universo.

Soy carne y soy metal.
La carne se hunde
en el metal,
se transforma,
se muta.
Aún existo.
Soy otro y soy
el mismo
La carne y el metal
se fusionan,
se amalgaman.
La sangre ya
no fluye,
no es necesaria.
No hay dolor
ni sentimientos.
Las emociones
ya no son
mi prioridad.
El sol no me quema.
Mi viejo hogar
es solo un punto en el vacío,
una referencia
remota.
Los planetas,
rocas que reflejan la luz
de soles distantes.
La angustia se ha convertido
en una palabra vaga,
sin sentido.

Escuchar tu voz
llamándome es
lo único que altera
mis circuitos
Trato de oler tu perfume,
pero los datos
que recibo
son dispersas distorsiones.
Quiero recuperar tu esencia,
atraparla,
penetrarla,
y te aferro,
estrecho y oprimo
más y más,
hasta que tu alegría
se diluye
en una acuosa sorpresa.
Entonces,
recién entonces,
comprendo.

© *María del Pilar Jorge*

MARÍA DEL PILAR JORGE (1946). Buenos Aires (Capital Federal), Argentina. Abogada y escritora; ha publicado en revistas y blogs literarios, uno de sus cuentos integra la Antología Visiones 2009 (AEFCFT) y otros dos fueron incluidos en la Antología *Grageas 2, 100 cuentos breves hispanoamericanos*, de Ediciones desde la Gente, y en la Antología de Micro ficciones; *Basta! Cien mujeres contra la violencia de género*, de Macedonia Ediciones. Tiene su propio blog en <http://anillosinvisibles.blogspot.com.ar/>.

EL RECEPTOR

por Raúl Alejandro López Nevado

El tiempo no se acaba y el espacio es infinito. Sin embargo puede terminar la soledad así como el recuerdo en el universo poético y lleno de esperanza de López Nevado.

He esperado eones,
por una sola respuesta,
un susurro apenas,
que me desmienta
la soledad del vacío.

Hoy el espacio me responde,
con un resplandor ciego.
Aquí la tierra –dicen–,
a quien quiera que nos oiga,
un ruego:

¡Respondan!

Miro la leve nave,
el recuerdo del tiempo
lejano en el que la fletaron,
la lánguida y confusa marca
de mis antepasados,
en aquel distante universo
cuando aún,

eran humanos.

© Raúl Alejandro López Nevado

RAÚL ALEJANDRO LÓPEZ NEVADO (Mollet, Barcelona, 1979). Se licenció en filosofía en 2002. Fue redactor de la revista *Guitarra Total* del 2007 al 2009, donde aunaba sus dos pasiones: la música y la escritura. Es colaborador habitual del [Sitio de Ciencia Ficción](#). Ha publicado varios relatos y microrrelatos en [Axxón](#). Publicó *Génesis 1.0.* en la revista SupernovaCF. Fue finalista del premio de *Poesía José M^a Valverde 2007*, y ganó el Primer premio de poesía castellana *Set Plomes 2005*. En [Alfa Eridiani](#) publicó, hace demasiado tiempo, *Fábrica de poemas*; se arrepiente de haber dejado pasar tanto y promete volver a publicar de nuevo tan pronto como le sea posible y le dejen.

ARTÍCULOS

IMPRESORAS 3D: ¿NOS HA ALCANZADO LA CIENCIA-FICCIÓN?

por Víctor Manuel Valenzuela

Interesante pregunta nos plantea Víctor y a cada momento que pasa se hace más actual. Con cada invención nueva, con cada nueva tecnología que llega al mercado, los viejos cultores de la Ciencia Ficción como yo dejamos escapar una lágrima al reconocer en ellos un objeto, máquina o artilugio que cobra vida surgiendo de las palabras de una historia leída hace tiempo... como surgen los modelos de una impresora 3D.

Últimamente en cualquier medio de divulgación que tenga una sección de tecnología se están acumulando noticias sobre las impresoras 3D y sus increíbles hazañas. ¿Pero qué son realmente estos «artilugios»? ¿Verdaderamente estamos presenciando una nueva revolución tecnológica?

Para definir mejor lo que es una impresora 3D, vamos a recurrir a la excelente entrada en la Wikipedia (http://es.wikipedia.org/wiki/Impresora_3D)

Una impresora 3D es una máquina capaz de realizar «impresiones» de diseños en 3D, creando piezas o maquetas volumétricas a partir de un diseño hecho por ordenador. Surge con la idea de convertir archivos CAD en prototipos reales. En la actualidad son utilizadas para la mastricería o la prefabricación de piezas o componentes, en sectores como la arquitectura y el diseño industrial. El sector en el que este tipo de herramientas resulta más común es el de las prótesis médicas, donde resultan ideales dada la facilidad para adaptar cada pieza fabricada a las características exactas de cada paciente.

Podríamos pensar que una impresora 3D es una evolución de una máquina ya habitual conocida como fresadora, pero realizando el trabajo al revés. En una fresadora se parte de un bloque de material (normalmente metálico) y se esculpe una pieza elaborada. La impresora 3D genera un objeto tridimensional depositando un material plástico que se va solidificando de manera a ir modelando el objeto por capas hasta su finalización.

Resumiendo, cabría pensar que una impresora 3D es una máquina capaz de modelar piezas complejas a partir de un modelo diseñado en un programa informático.

Está claro que las aplicaciones son enormes y hay varios casos recientes de utilización en medicina, desde modelar una prótesis para la tráquea de un bebé y salvarle la vida (http://tecnologia.elpais.com/tecnologia/2013/05/23/actualidad/1369304154_122812.html) hasta una prótesis para una persona que había perdido parte del tejido de su rostro (<http://es.gizmodo.com/una-impresora-3d-le-devuelve-a-un-hombre-su-rostro-y-ca-464906978>) y muchas más que se pueden encontrar con una rápida búsqueda en Google.

Infelizmente también se ha hecho famosa su utilización para elaborar armas. Por lo que sabemos hasta ahora, ya se ha conseguido imprimir pistolas funcionales capaces de soportar hasta 9 disparos sin perder la integridad de los materiales, lo que da una idea del peligro potencial del arma (<http://es.engadget.com/2013/05/20/pistola-impresa-3d-liberator/>).

Como siempre el problema no es la tecnología y sí su utilización, un bisturí en manos de un cirujano puede salvar una vida y en posesión de un homicida cercenar esa misma vida.

Por la cantidad de noticias que vemos en la prensa sobre impresoras 3D, podríamos llegar a tener la impresión de que dentro de poco tiempo todos tendremos una en casa y nos dedicaremos a imprimir los utensilios del hogar en lugar de comprarlos en la tienda más cercana. Pues bien, en mi opinión eso no va a ocurrir en un futuro cercano, de momento no saldrá más barato imprimir la tapa del enchufe que se ha roto en lugar de comprar otro enchufe y cambiarlo. La impresora en sí tiene un coste elevado y el material base también, parece poco probable que llegue a ser un objeto de electrónica de consumo masivo en un futuro inmediato. Donde seguramente tendrá grandes avances y utilización será en la medicina y en la creación de piezas especiales. También hay que tener en consideración que en la electrónica de consumo los ciclos de vida son muy rápidos y cuando hablamos de futuro cercano nos referimos a años y no décadas. Por otro lado hay que recordar que siempre hay un precio base para todo lo referente a lo electrónico, un valor del que no se abaratan las cosas y basta con recordar el precio de los consumibles de las impresoras de tinta o de láser.

Lo que me parece más factible es que en breve sea fácil encontrar tiendas de impresión 3D como ahora hay tiendas de reprografía y que allí te puedas imprimir lo que quieras, desde una reproducción de tu personaje de anime favorito hasta una pieza de sustitución para una motocicleta antigua de colección.

LA CIENCIA FICCIÓN.

Aunque soy de la opinión que la ciencia ficción no tiene por qué ser premonitória, pues muchas veces lo que intenta es hacernos reflexionar sobre realidades distintas a la que vivimos, es inevitable que se busquen similitudes entre el avan-

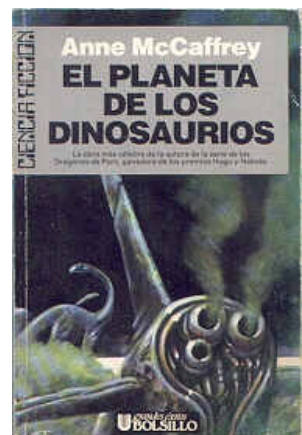
ce tecnológico y las visiones de los autores. En ocasiones ha habido auténticos autores imaginativos como **Arthur C. Clarke** que propuso la idea de los satélites artificiales, los guionistas de la primera serie de *Star Trek* cuyos personajes disponían de unos comunicadores muy parecido a los teléfonos móviles actuales y muchos más ejemplos. En el aspecto tecnológico fundido con lo social, **William Gibson** anticipó varios aspectos de nuestra sociedad interconectada, cada vez más deshumanizada y dominada por potentes trasnacionales. También **Ursula K. Le Guin**, **J. G. Ballard**, **Frederik Pohl** o **C. M. Kornbluth** vislumbraron aspectos como la violencia creciente o un futuro dominado por el marketing y el consumismo.



Personalmente no conozco ninguna obra que anticipase o especulase con la impresión 3D en el estado actual de desarrollo como la conocemos ahora, pero hay grandes obras que hablan de lo que seguramente es la evolución de las actuales impresoras: la fabricación de elementos utilizando la nanoingeniería o la composición molecular. Si una impresora 3D actual modela objetos físicos a partir de una material plástico inyectable lo que la ciencia ficción suele especular es el modelado de objetos utilizando moléculas como materia prima.

Recientemente ha saltado a la palestra que la NASA invierte en impresoras 3D de alimentos, concretamente unos cien mil euros en el proyecto de *Anjan Contractor*, que anuncia una nueva era en las dietas personales de nutrición. Al parecer el principio básico es que la impresora componga compuestos alimenticios a base de mezclar polvos nutritivos, aceite y agua (<http://alt1040.com/2013/05/asi-es-la-impresora-3d-de-comida-financiada-por-la-nasa>).

En la novela *El planeta de los dinosaurios* y su inmediata continuación *Los supervivientes* de **Anne McCaffrey**, se cita una máquina que genera alimentos utilizando como base cualquier materia orgánica que se introduzca en ella. Hay que decir que la novela fue escrita en 1979 por lo que fue claramente premonitoria, la obra en sí tiene varios aspectos cuestionables a pesar de ser una lectura amena.



Existen varias obras que argumentan con máquinas capaces de crear objetos utilizando nanotecnología y fuentes de materia primas. Algo que podríamos pensar que sean impresoras 3D evolucionadas a su máxima expresión.

Una de las más emblemáticas tal vez sea *La era del diamante: manual ilustrado para jovencitas*, novela de estilo postcyberpunk escrita por **Neal Stephenson**. Fue galardonada con el Premio Hugo, el Premio Locus a la mejor novela de 1996, y finalista del Premio Nébulas. En ella se introduce un dispositivo nanotecnológico

bautizado como el *Compilador de materia*, que es en realidad un ensamblador molecular capaz de generar cualquier material o dispositivo complejo a partir de átomos obtenidos de unos sistemas conocidos como las *Tomas* que son un sistema de repartición de moléculas similar a la red de distribución eléctrica.

Otro buen ejemplo de nanotecnología es la ganadora del premio Hugo, *Paz Interminable* (1997), de **Joe Haldeman**. Describe una situación muy similar a la apuntada por **Stephenson**. En la obra la nanotecnología ha revolucionado el mundo, pero está monopolizada por la sociedad occidental, que posee las *Nanofraguas*, dispositivos capaces de crear cualquier cosa con las materias primas adecuadas. La trama diseña un acceso restringido y sólo los países alineados con el bloque occidental pueden utilizar las *Nanofraguas*.



Otra obra que podemos observar artefactos de nanotecnología para la creación de utensilios es *Cielo de singularidad* de **Charles Stross**, en ella se reflejan sociedades divididas por la utilización y el rechazo a la utilización de manufacturas nanotecnológicas, una novela entretenida con una excelente heroína como hilo conductor de la trama.

Existen varias otras novelas con la nanotecnología como hilo conductor de la trama, pero he preferido hacer referencia a las que se centran en la construcción de dispositivos.

© Víctor Manuel Valenzuela

Ingeniero de software dedicado al desarrollo y las nuevas tecnologías, firme defensor de la libertad de las ideas y la información, lector asiduo de ciencia ficción y partidario de la protección del medio ambiente y de las energías limpias. Ha publicado una novela, *Los últimos libros*, y una colección de relatos, *Crónicas de la distopía*, con la editorial Nowevolution (<http://www.nowevolution.net/>). Es Colaborador, cuando el tiempo lo permite, de las publicaciones [Alfa Eridiani](#), [miNatura](#), [Exégesis](#), [NM](#), [Cosmocápsula](#), [Fantasía](#) y [mundo](#).

DOCTOR WHO Y LOS COMPAÑEROS PROACTIVOS. LA SÉPTIMA TEMPORADA RUMBO AL EPISODIO DEL CINCUENTENARIO.

por Alfonso Merelo

En el 2013 se cumple medio siglo de vida de la emblemática serie británica *Dr. Who*. A lo largo de los años, muchos son los que han escrito sobre su enigmático protagonista y las fantásticas aventuras que ha protagonizado. En la presente ocasión, Alfonso Merelo nos presenta una perspectiva diferente: la de aquellos hombres y mujeres que lo han acompañado incondicionalmente capítulo tras capítulo.

La longeva serie británica *Dr. Who* ha tenido a lo largo de su historia varios elementos comunes que permitían al espectador engancharse a los episodios aunque hubieran abandonado por un tiempo al personaje. Hablamos de elementos recurrentes como los *Dhaleks* o los *Cybermen*, verdaderos íconos de la serie, pero también hay un elemento que es una constante en todos y cada uno de los episodios: el compañero. Porque el *Dr. Who* no puede vivir solo, no puede operar en ese continuo espacio-tiempo sin dotarse, y dotarnos, de un elemento de anclaje en la normalidad que es ese compañero. Compañero, o más habitualmente compañera, siempre cambiante, pero siempre igual, en lucha constante entre su anodina vida pretérita y las maravillas ofertadas por el Doctor y sus impresionantes viajes por el tiempo y/o el espacio. En realidad esa necesidad de tener un compañero es algo recurrente en otros personajes de la literatura o del tebeo. No es más que la necesidad de que alguien externo observe las fantásticas hazañas del héroe y, en su caso, las cuente al espectador o al lector –Watson es un ejemplo claro, pero también lo es Robin o la sargento Chamorro y, naturalmente, Sancho Panza.



En la nueva etapa de la serie, a partir de 2005, se hizo mucho más patente la importancia de estos compañeros, siendo **Billie Piper** la actriz encargada de representar el papel de Rose Tyler, que acompañaría a los doctores noveno y décimo en sus viajes. En esta

temporada hubo varios compañeros recurrentes además de Rose, destacando a Mickey Smith, interpretado por **Noel Clarke**. Este personaje volvería en otras temporadas ya con el Doctor número diez, **David Tennant**.

Los compañeros del undécimo Doctor, **Matt Smith**, fueron desde el principio una pareja, un matrimonio formado por Amy Pond y Rory Williams (**Karen Gillan** y **Arthur Darvill**). La interacción de estos personajes llega a ser tan importante que son los progenitores del amor futuro del Doctor, la impresionante River Song. A mitad de la séptima temporada, los compañeros fueron desechados y se incorporó al rol de acompañante otro personaje femenino de nombre Clara Oswin (**Jenna-Louise Coleman**) y que fue presentada, de manera tangencial, en el primer episodio de la temporada.



primer episodio de la temporada.

Matt Smith abandona la serie como protagonista en ese esperado capítulo del cincuentenario. Particularmente su aspecto y su actuación histriónica me han sacudido como espectador a lo largo de todas las temporadas

por él protagonizadas, sobre todo si tenemos en cuenta que sustituyó al excelente **David Tennant**. Nunca me ha parecido una buena elección para el papel. Bien es cierto que el cambio de guionistas perjudicó la sostenibilidad de los episodios y fueron pocos los que sobresalieron de una mediocridad ramplona.

El Doctor Who de **Smith** es más histriónico que los anteriores, menos simpático, menos Doctor, si me permiten. **Smith** no es capaz de entrar de verdad en el personaje y, mientras que es un Doctor Who más, nos queda la idea de que **Tennant** era «el Doctor» por excelencia. Ya veremos cómo se comporta el nuevo Doctor, en la figura de **Peter Capaldi** –al que pudimos admirar en la tercera temporada de *Torchwood* en el papel del burócrata Frobisher– para la nueva temporada una vez superado el episodio del cincuentenario.

Pero esta reflexión trata de la última temporada hasta ahora de la serie, la que hace la número 7 de la nueva etapa. Como ya dije previamente los dos compañeros anteriores continuaron hasta ser sustituidos por Clara. Los cinco primeros capítulos de esta temporada cuentan con los Pond y a partir del episodio de

Navidad es Oswind la que pasará a acompañar al Doctor. En realidad estos episodios con Clara van enfocados hacia el final de la temporada con la sorpresa del último episodio. La planificación de los guiones va proporcionando pequeñas pistas que van presentando a Clara como un ser diferente y muy relacionado con la misma esencia del Doctor. Si los Pond contribuían de manera decisiva en la vida del Doctor al ser los progenitores de River, Clara se va a convertir en la pieza angular que ancla a todos los doctores habidos y por haber con la realidad. Es pues esta compañera la más proactiva de todos los personajes anteriores que han participado en la serie. Es la pieza clave de esta temporada, la que desencadena el episodio de los 50 años y la que provocará, de alguna manera aún no revelada, la nueva encarnación del Doctor.



A pesar de las fluctuaciones de los guiones en esta temporada, he de reconocer que el final, el capítulo 14, resuelve de manera muy efectiva la trama referida a Clara y el Doctor. El capítulo, titulado *In The Name of The Doctor*, resuelve

bastantes incógnitas que se venían planteando dejando una puerta semiabierta con la aparición final de un envejecido Doctor encarnado por **John Hurt**.

En realidad los compañeros son los protagonistas de todos los capítulos de esta temporada. Los capítulos de transición llevan al quinto episodio donde los Pond se enfrentan a otros elementos recurrentes de la serie como son los Ángeles Oscuros en una de las múltiples paradojas temporales que nos depara siempre la serie. Su sustituta como personaje proactivo, Clara, tiene que reemplazar a la pareja en la dura labor de acompañar a **Smith**, sobre todo si se tiene en cuenta que hay pesos pesados anteriores en el papel como Rose o la misma Amy. Creo que no le ha dado tiempo al personaje a evolucionar para conseguir la categoría o la potencia de los anteriores. Son sólo 6 capítulos, o 7, para el personaje y no parece suficiente, pese a la importancia del mismo en el último de la temporada.

Los capítulos de esta primera parte de la temporada van desde un buen episodio como el del manicomio *dalek*, con la aparición de esos *daleks* humanos tan parecidos a los *cylons* en su concepción, a otros totalmente prescindibles como el de los dinosaurios o ese final de media sesión que comenté antes que hace «desaparecer» a los Pond.

Como decía, a partir del capítulo de Navidad de esta temporada, los actores secundarios cambian, los personajes se posicionan de manera diferente en lo que parece un guión bien preconcebido desde el episodio del asilo mental *dalek*. El primer episodio de esta semitemporada nos habla de los peligros de la wifi, y de Internet por extensión, siendo la presentación de Clara como acompañante recurrente. *Los Anillos de Akhaten* es extraño y muchos de los fans lo han calificado como el peor de los capítulos de esta nueva fase del Doctor. Por otra parte, *La Guerra Fría* retoma algunos enemigos antiguos, los guerreros del hielo, e incide en las múltiples meteduras de pata del Doctor en su amplio recorrido por el tiempo. *Hide* vuelve a retomar el tema del terror, que les gusta mucho a los guionistas, no llegando a producirlo. Sin embargo el siguiente capítulo, *Viaje al centro de la Tardis*, es un magnífico ejemplo de buena ciencia ficción televisiva. Clara vuelve a ser la protagonista fundamental y cubre muy bien su papel. El siguiente episodio, *El horror carmesí*, es claramente de transición sin ninguna implicación en la trama general. *Pesadilla en plata* es el regreso de **Neil Gaiman** como guionista, que ya ejerciera en el excelente *La mujer del Doctor*, siendo un capítulo menos brillante que el anterior del autor, pero uno de los más interesantes de la temporada. Los *cybermen* vuelven a ser los protagonistas con algunas modificaciones puntuales en los mismos adoptando una forma más clásica. Veremos cómo resulta en el futuro. Del último de los episodios ya he dado algunas claves anteriormente y es uno de los más relevantes de la etapa **Smith**, sobre todo si tenemos en cuenta lo que puede suponer para el futuro.

No sabemos todavía lo que nos deparará el episodio del cincuentenario. Si será un homenaje, un cambio profundo, un volver atrás o cualquier otra cosa desde lo infame a lo sublime. Sí sabemos que estarán **John Hurt**, **David Tennant**, **Christopher Eccleston** o **Billie Piper**, así como **Smith** y **Alex Kingston**. Es posible que el nuevo doctor, el duodécimo, **Peter Capaldi** haga su presentación en este episodio, o, tal vez, se reserve para el primer episodio de la octava temporada. En cualquier caso esperaremos hasta noviembre para ver qué es lo que nos deparan las nuevas aventuras de Who.

Tengo la sensación de que hay Doctor para unas cuantas temporadas más, si los guionistas y las audiencias así lo deciden, sobre todo las audiencias.

© Alfonso Merelo

ALFONSO MERELO SOLÁ. Cádiz 1959. Es funcionario de la Universidad de Huelva, ensayista, presentador en radio (Uniradio) y televisión (Huelva Televisión) y redactor de la revista ScifiWorld. Autor del libro *Fantástica Televisión* y de innumerables artículos relacionados con el género fantástico. Y, sobre todo, se considera un aficionado al género en todas sus formas.

ENTREVISTAS

ENTREVISTA A M^a CONCEPCIÓN REGUEIRO DIGÓN Y LOLA ROBLES.

por José Joaquín Ramos

Hay veces que el azar nos juega buenas pasadas. Y una de ellas ha sido el encuentro de María Concepción Regueiro Digón y Lola Robles, dos escritoras de ciencia ficción que sumaron esfuerzos para dar vida a *Crazy Bar y otros relatos de lo imposible*, compendio en el que ucronías, las colonizaciones espaciales, los novums o las clonaciones se abordan desde perspectivas que van desde la prospección al análisis social, pasando por el feminismo. A continuación os dejamos con nuestras autoras.

El pasado abril de 2013 la Editorial Stonewall publicó *Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible*, de **M^a Concepción Regueiro Digón** y **Lola Robles**. Conozcamos algo más de estas autoras:

M^a Concepción Regueiro Digón (Lugo, 1968) es trabajadora social y pedagoga. Con obra en gallego (firmada como **Conchi Regueiro**) y en castellano, se autodefine como autora de ciencia ficción, pero su querencia por narrar la ha llevado en bastantes ocasiones a escribir sobre todo aquello que en un momento dado la ha calado, pues, en definitiva, son las historias las que nos eligen. Entre sus títulos encontramos *Tempos agradables* (2002), *La estirpe de Tordón* (2005), *Vistas al río* (2007), *La moderna Atenea* (2008) o *Reclutas de guerras invisibles* (2011). También ha publicado obras de literatura juvenil como *Un marciano neste mundo* (2004), *O tesouro das ánimas* (2006) y *A herdanza do marqués* (2009), así como diferentes relatos en antologías y revistas electrónicas.

Lola Robles (Madrid, 1963) es filóloga hispánica, escritora y activista feminista, pacifista y queer. Desde 2006 imparte el taller de lectura y debate Fantásticas. Ha publicado tres novelas de ciencia ficción: *La rosa de las nieblas* (1999), *El informe Monteverde* (2005) y *Flores de metal* (2008). También es autora de un libro de relatos realistas, *Cuentos de Margarita Páez*, y diversas narraciones recogidas en antologías, revistas e Internet. Tiene un blog dedicado a los géneros no realistas y, en especial, a las mujeres como autoras y personajes: Literaturas fantásticas, de ciencia ficción y otras.

Alfa Eridiani: ¿Cómo empezasteis a escribir? ¿Quién os leía al principio?

María Concepción: En mi caso concreto, siempre tuve presente la escritura (supongo que porque desde el primer momento estuvo muy presente la lectura y

ambas van muy unidas). Ya de pequeñita era de las que siempre mandaban a los famosos concursos de redacción que organizaba en aquel entonces la Caja de Ahorros de Vigo, así que puede decirse que los primeros en leerme con ojo crítico fueron mis profesores y profesoras que determinaron que juntaba las letras de una forma aceptable. Aunque mi infancia no fue de esas en que ya se guardan en un cajón media docena de novelas y un puñado de cuentos, sí que me recuerdo durante todo ese tiempo con la voluntad firme de ser escritora, aunque no como única ocupación. Así, cuando se me preguntaba qué quería ser de mayor, contestaba con la profesión que en esos momentos me parecía apetecible y el añadido «y escritora». No tenía excesivas prisas en ponerme en marcha en esta segunda ocupación. De alguna manera comprendía que es necesario primero observar y luego ponerlo negro sobre blanco.

Mis inicios como escritora, es decir, como persona que voluntariamente y por gusto se lía a escribir historias, fueron en mi época del Bachillerato y la Universidad, primera fase que remató con mi primera novela, afortunadamente, inédita, que escribí a los veintialgo años. Como siempre, valorar en esos momentos a familia y amistades, lectoras animosas de esos primeros ensayos y que de verdad te proporcionan las dosis necesarias de autoestima con las primeras recuas de negativas del mundo editorial.

Lola Robles: Yo fui una niña flaca, miope y soñadora. Mi familia era muy humilde y vivíamos en un barrio al sur de Madrid. En mi casa no había libros, pero los fines de semana y los veranos mi madre me llevaba a casa de mi abuela y de mi tía y todos los sábados mi tía iba a la peluquería y me compraba un tebeo, el *Pulgarcito*. Yo me lo leía de principio a fin; luego me aficioné a las aventuras de *El Jabato*. Cuando me regalaban un libro me sentía la criatura más feliz del mundo. Entonces yo leía aquellos libros de Bruguera que tenían ilustraciones junto al texto. Era capaz de tragarme cualquier cosa.

En las largas tardes del verano, en casa de mi abuela durante la siesta, yo empecé a inventarme mis propias historias, muy parecidas a las que había leído en los libros de aventuras. A los nueve años empecé a escribir, en cuartillas y a mano, historias breves. Después, cuando mi padre me compró una máquina de escribir de las antiguas, pasaba mis cuentos a máquina y los encuadernaba yo misma, con cartones, pintaba las portadas con cera y las forraba de plástico. Qué curioso, ahora hay editoriales que hacen algo semejante, las editoriales *cartoneras*, en plan profesional, por supuesto. Lamentablemente, tuve una adolescencia horrible y tiré todos aquellos libros que había escrito y fabricado. Hoy me encantaría conservarlos, pero ya no hay remedio. Así que mi afición por la lectura y a la escritura empezó muy pronto y ha seguido hasta hoy.

Me leían sobre todo mis compañeras de colegio y mis amigas, que solían coincidir, incluso a veces me pagaban algún dinerillo para que yo les escribiera histo-

rias en que ellas eran las protagonistas. Por cierto que una amiga sí que tiene una de aquellas novelas que yo escribía, pero me pide mucho dinero por recuperarla.

AE: ¿Cómo es vuestro proceso creativo? ¿Qué ocurre antes de sentaros a escribir?

MC: Nada en especial, salvo que procuro dejar solventadas todas las obligaciones pendientes para gozar de una mayor tranquilidad. No necesito de especiales condiciones para escribir, apoyo el portátil en un sitio cercano a un enchufe (le falla la batería y ese requisito es indispensable) y me pongo a redactar. A veces lo hago escuchando un CD determinado (por ejemplo, *la moderna Atenea* se hizo al ritmo de un directo de **Yann Tiersen**), otras con la tele como rumor de fondo, o en el más completo silencio... No soy de tomar notas previas (más bien me opongo a esa práctica) y sí de documentarme sobre el tema.

LR: Antes de empezar a escribir remoloneo mucho, doy vueltas por toda la casa, busco el agua, mis gafas... y luego me quejo de que el tiempo no me cunde.

Mi proceso creativo está muy condicionado porque tengo una discapacidad visual severa y ya no puedo escribir ni a mano, ni a máquina, y me es difícil con el ordenador. De modo que grabo mis textos en una grabadora, los escucho y vuelvo a grabar ya corregidos, luego los dicto para que me los trascriban o los paso yo poco a poco al ordenador; el texto resultante lo convierto en audio y lo escucho para volver a corregirlo. Reconozco que soy muy exigente con las correcciones, creo que cualquier texto tiene que ser corregido al menos cuatro o cinco veces, más un último pulido.

Eso en cuanto a la parte digamos «técnica». En cuanto al proceso creativo «mental» soy también bastante lenta en tener ideas y en desarrollarlas y muchas veces mis ficciones se transforman a lo largo de varios años, porque la primera versión la dejo en reposo y luego al retomarla a veces la reescribo bastante.

AE: ¿Cómo os encontráis más a gusto escribiendo, primera o tercera persona?

MC: Eso me lo determina la propia naturaleza de la historia, le dejo elegir a ella. No tengo especiales preferencias. Si quiero algo más introspectivo tiro de la primera persona y si quiero dar una visión más objetiva de la tercera.

Sí que me interesaría probar algo con la segunda persona, creo que puede ser curioso el resultado. De hecho, hace algunos años me había dado por escribir una historia en una desconocida segunda persona que se pasa todo el rato dándole la brasa a una de las protagonistas y la lectura se hacía bastante peculiar (la pena fue que no pasó de obra inédita de experimentación).

LR: He de confesar que me siento más a gusto con la primera persona, por lo

cual procuro usar también la tercera para no perder la práctica con ella.

AE: ¿Qué hace que un personaje resulte creíble? ¿Cómo creáis los vuestros?

MC: Esa es la pregunta del millón en la narrativa. Yo soy de la opinión de que una historia es creíble si sus personajes lo son, así que es importante reflejar tanto sus posibles virtudes como también sus posibles defectos, sin cebarse en ninguno de ellos. Otra cosa que me parece muy necesaria para dicho fin es reflejarlos en actividades cotidianas como el trabajo o el ocio y sus comportamientos privados en las mismas. Por supuesto, no hay que tener miedo a reflejar las pequeñas miserias o las contradicciones en las que de vez en cuando puedan caer si eres honrada en el desarrollo de la historia. Eso dará una profundidad y una verdad a los personajes más precisa que la narración de muchos actos finalmente poco importantes para el desarrollo argumental.

Hay algo que, en mi opinión, resta bastante credibilidad a muchas historias y son esos personajes triunfadores *per se*. Abjuro de esos cuentos y novelas protagonizadas por personas guapísimas, con carreras profesionales extraordinarias y modelos de ciudadanía. Por supuesto, desconoces al final cómo es que son esos modelos de profesionalidad y ejemplaridad pues no ha habido la necesaria descripción de su idiosincrasia particular, con lo que la historia queda un poco esclerótica. Prefiero las protagonizadas por gente normal como la que te encuentras en el rellano de tu escalera o en tu trabajo. Por lo menos, cabe la identificación en un primer momento.

LR: Hay personajes protagonistas, secundarios y extras. Hay veces que veo muy bien al personaje protagonista pero eso no significa que logre transmitirlo. Es como hablar de una persona conocida, que no siempre logras describirla bien. Hay personajes secundarios que te salen muy «redondos» y otros a los que no consigues dar realmente vida. Es cuestión de suerte a veces y siempre de trabajo. A veces le tomas simpatía a un personaje, yo tengo predilección por los *malos*. Lo mejor sería dejar que los personajes se mostraran por sí mismos y que los lectores lograran conocerlos directamente.

AE: ¿Cómo os conocisteis? ¿Cómo surgió la idea de *Las Historias del Crazy Bar*?

MC: En cuanto a cómo nos conocimos Lola y yo hay que diferenciar entre la forma virtual y la presentación cara a cara, esta fruto de una inverosímil casualidad más propia de una novela de **Paul Auster**. La primera fue de la manera ya habitual de nuestros tiempos, mediante correos electrónicos y demás herramientas de Internet: me enteré de la base bibliográfica sobre escritoras de Ciencia-Ficción que **Lola** llevaba a cabo y me puse en contacto con ella, creo que fue más o menos así.

Como decía, la presentación cara a cara fue una coincidencia más que increí-

ble que se debe de dar una vez entre un billón, pues ya es azaroso de verdad que en un sitio tan grande y de tantísimas ofertas de ocio como Madrid donde una galleta como yo iba una vez cada x años acabes acudiendo al mismo acto cultural (bastante minoritario) y se acabe sentando a tu lado porque han colocado más sillas (yo estaba en un extremo) una escritora madrileña a la que has reconocido por la foto de la solapa de su libro en la que se parece mucho a una amiga de tus tiempos de instituto... Efectivamente, suena a propio de telefilm cutre pero juro que es lo que pasó: **Lola** se sentó a mi lado en el recital poético de **Cristina Peri Rossi** en el Centro Cultural *Blanquerna* y yo la reconocí por su parecido con una amiga mía (cosa bastante increíble pues soy muy despistada para las caras). Lo que viene a demostrar que muchas veces la realidad es más inverosímil que la ficción.

Por lo que respecta a la génesis de *Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible*, debo decir que fue una auténtica carrera de ultrafondo, pues este libro se idea en el año 2007 como propuesta común de hacer unos cuentos de Ciencia-Ficción donde el nexo temático sean esas relaciones de amor, deseo y desamor entre mujeres y es en 2013 cuando por fin ve la luz. Por el camino, negativas varias e incluso colapsos de algunas editoriales a las que se le había planteado (debo dejar meridianamente claro, en este punto, que, pese a todo, el libro no es gafe), hasta que por fin un editor arrojado como **Diego Béjar**, de Stonewall, se decidió a publicarlo.

Historias... es, finalmente, un compendio de diversos temas propios de la Ciencia-Ficción como las ucronías, las colonizaciones espaciales, los novums o las clonaciones pero desde una perspectiva más prospectiva y de análisis social, sin olvidar, por supuesto, el feminismo de las diversas tramas y, desgraciadamente, demasiado ausente en este tipo de literatura.

LR: Pues efectivamente, como cuenta **Conchi**, primero nos conocimos por Internet porque yo estaba trabajando en la búsqueda de escritoras españolas de ciencia ficción. Y luego el Universo o el azar hizo que coincidiéramos en un acto cultural, luego nos fuimos a tomar un café y siempre es un gusto hablar con **Conchi** de literatura de ciencia ficción, porque ha leído mucho, está muy al tanto de las novedades y le apasiona ese género. No es fácil encontrar a alguien que comparta tu pasión.

La idea de escribir juntas *Historias del Crazy Bar* fue suya, fue ella quien me lo propuso y he de decir de nuevo, como lo hice cuando presentamos el libro, que fue gracias a su tenacidad que yo logré terminar esos relatos, porque me encontraba bastante mal de salud y no me veía con fuerzas. Fue muy fácil encajar nuestras historias y esta colaboración literaria me ha resultado una gran experiencia. En la ciencia ficción estadounidense es algo muy normal. Me parece que escribir entre dos resulta muy enriquecedor para ambas o ambos autores y para

la literatura.

AE: Siendo un poquito malo, ¿Diríais que *Historias...* es un libro por y para mujeres? ¿Cuál es el público objetivo? Pregunto porque en la presentación de La Casa del Libro de Fuencarral había una nutrida representación femenina.

MC: Cuando un libro ha sido escrito por mujeres siempre se acaba preguntando si está dirigido a personas del mismo sexo, cosa que nunca sucede cuando está escrito por un hombre. Es que no falla. Si escribe, por ejemplo, **Sergio Mars**, o **David Jasso** o cualquier otro autor de aquí no se le cuestiona si lo hace para hombres o mujeres. En cambio, a nosotras nos ha acabado cayendo la pregunta. *Historias del Crazy Bar* se planteó siempre como un libro de relatos de Ciencia-Ficción de carácter especulativo cuyo público objetivo era simplemente toda aquella persona interesada en esa narrativa. Otra cuestión es la relativa a los gustos más restrictivos del público masculino, no siempre interesados en descubrir voces femeninas (espero que no se me considere polemista con esta afirmación, pero es lo que hay). Es cierto que tanto en la presentación de Madrid como en la celebrada en octubre en Vigo las mujeres asistentes fueron aplastante mayoría (cuando no totalidad), pero eran convocatorias públicas, de entrada libre, así que habría que preguntar más bien a los hombres interesados en la Ciencia-Ficción que se encontraban en alguna de las dos ciudades por qué no fueron, al margen de las habituales excusas de tiempo disponible o atmosférico, obligaciones laborales o académicas, etc. En descargo de esa mitad de la Humanidad, debo decir que los asistentes al acto de Madrid eran de verdad el público deseado en un encuentro de estas características. Igualmente, los críticos masculinos que se han acercado a la obra la han valorado espléndidamente, ponderando en su justa medida sus distintos elementos.

LR: Si yo dijera que no me interesa ni me gusta *El Señor de los Anillos* porque la mayoría de sus protagonistas son varones, o que no puedo sentirme identificada en absoluto con las películas de Tarzán porque es blanco y anglosajón y además heterosexual, seguro que mucha gente se asombraría y podría acusarme incluso de «feminista radical». Pero cuando escribes un libro protagonizado básicamente por mujeres, que tienen además relaciones amorosas o sexuales entre sí, sigue planteándose la pregunta de a quién puede gustar esa obra, quién se puede sentir identificado con ella, a qué público va dirigida...

Lo masculino, la raza blanca, la heterosexualidad normativa, se consideran neutras y por tanto universales, valen para todos y todas, esa idea subyace todavía en nuestra cultura y ha predominado durante siglos. Pero evidentemente no ha sido ni es así.

Bien es cierto que las mujeres, las razas no blancas, las personas que están fuera de la heterosexualidad obligatoria y de las identidades de género impuestas,

la gente con una discapacidad y otro montón de casos que por cierto cuestionan el presunto carácter mayoritario de la «normalidad», todos estos grupos sociales hemos necesitado referentes en la literatura o en el cine, referentes que no han existido prácticamente. Así que por una parte seguro que nuestro libro agrada a un determinado público. Pero eso no quiere decir que no pueda gustar a todos, porque la literatura es universal, de tal manera que yo puedo sentirme identificada con una mujer o un varón protagonistas de las epopeyas o tragedias griegas clásicas de hace más de dos mil años, o con personajes que viven en un país muy lejano y hasta de otro planeta. Creo que los hombres pueden hacer esto también con nuestro libro, perfectamente.

En cuanto al público que asistió a la presentación de *Historias del Crazy Bar* en Madrid, bueno, jaja, es cierto que son nuestro club de fans... Se aceptan más socias y socios.

AE: Ya por último, ¿cómo han ido, por ahora, las ventas? ¿Stonewall os ha informado de si *Historias* se vende bien?

MC: Sinceramente, no puedo contestarte a esta pregunta. En mi caso concreto, nunca me preocupo de las ventas hasta que al año siguiente me llega la liquidación y leo en el papel el número de ejemplares vendidos y el hecho de no vivir en Madrid, donde está la editorial, me impide enterarme de una manera más informal de ese dato como podría ser en algún evento en que coincidiese con ellos o algo así. Por otra parte, *Historias del Crazy Bar...*, por sus características, tendría más vocación de long seller que de best seller (aunque este último atributo sería alegremente asumido si se produjese).

LR: La verdad es que no sé nada... Eso mejor podría decirlo el editor. Supongo que en estos tiempos no es fácil vender libros masivamente si no sales en la tele... por algo que no sea contar que has escrito un libro, porque quizás ni eso serviría...

© José Joaquín Ramos, María Concepción Regueiro y Lola Robles.

A las dos entrevistadas, la conocemos por la entradilla de esta entrevista. José Joaquín Ramos, Madrid, 1964, es faneditor desde hace once años.
--

NOTICIAS

SOLICITUD DE CONTRIBUCIONES PARA CONGRESO EN TOULOUSE

El 17 de enero de 2014 se celebrará en Toulouse un congreso bajo el título *Ciencia ficción y utopías en los países ibéricos: meditaciones, experimentaciones, cambio social*. Durante esta jornada los organizadores se proponen analizar los procesos anamorfóticos (Bozetto, Soriano) de las obras dentro de las producciones de ciencia-ficción de la Península Ibérica y del continente americano. También se responderá a la pregunta: ¿cómo el estatus marginal de este género dentro del campo cultural le permite desarrollar ficciones haciendo emerger culturas y perspectivas minoritarias?

La jornada de estudio se centrará principalmente sobre obras literarias, sin excluir otro tipo de contribuciones sobre el cine, el cómic o las artes plásticas. Las comunicaciones de entre trescientas y cuatrocientas palabras se enviarán, antes del dieciséis de diciembre de 2013 a Alexis Yannopoulos (myannopoulos@gmail.com).

El texto completo de la convocatoria se puede encontrar en: <http://f.hypotheses.org/wp-content/blogs.dir/157/files/2013/10/Appel-a-communication-journee-SF-IRIEC-17-janvier-2014.pdf>.